

NIÑOS DE LA BIBLIA.



¡BENDITO SEAS, DIOS DE ISRAEL!

TOBIAS Y SU PADRE.

Desde que el joven Tobias faltaba del lado de sus padres, no habian estos disfrutado un solo momento de alegría. Siendo aquel hijo predilecto el único consuelo de sus ancianos padres, el báculo de su vejez, y aquel en quien tenían fundadas todas sus esperanzas, cada día se les hacia mas sensible su falta, y hasta la pobre morada de la familia estaba mas triste y sombría.

Marzo de 1849.

Confiados, sin embargo, en el varón que acompañaba á su hijo, llevaron el anciano Tobias y su esposa con buena resignacion todo el tiempo en que prudentemente estaba calculada su ausencia; mas cuando llegó el tiempo preñado y vieron que no llegaba, entonces ni fueron dueños de moderar su dolor, ni contuvieron por mas tiempo sus quejas y sus lágrimas.

—¡Luz de mis ojos! ¡Consuelo de mi vida! ¡Hijo mio, dónde estas? Acaso te habremos perdido para siempre?

Así esclamaba la infeliz Ana, mien-

TOMO III. 5

tras que su esposo, sobreponiéndose á su dolor propio, la calmaba diciendo:

—Muger, moderatu llanto: nada le habrá sucedido á nuestro hijo, que santo y fiel es sin duda el compañero que consigo lleva.

—¡Ah! tú eres el que has dispuesto el viage de mi hijo. ¿Porqué le habré yo dejado apartarse de nuestra compañía?

—Yo lo he dispuesto porque era preciso, y confiado en que el Señor ha de apartar de su camino todos los peligros. Así lo espero todavía; mas si el Señor en sus altos juicios tiene dispuesta otra cosa, no murmuremos Ana, y sepamos soportar nuestra irreparable pérdida.

—Así hablaba el buen anciano, mientras que su corazón estaba traspasado solo con la idea de que esta pérdida pudiera ser cierta. Por esto Ana, al notar las lágrimas que lentamente se desprendían de los cerrados párpados del pobre ciego, de aquel hombre que había sufrido hasta entonces sin alterarse, cuantas aflicciones y amarguras habían puesto á prueba su fé, cesó de molestarle con reconvenções contentándose por único consuelo con salir todos los días á esperar á su hijo, permaneciendo largos ratos con los ojos clavados en el camino por donde había de venir. Subiáse de propio intento á un montecillo que dominaba el camino y desde allí analizaba cuidadosamente á todas las personas, que cual confusas sombras aparecían en el lejano horizonte. ¡Cuántas veces su corazón palpitó con ansiedad alucinada con una engañosa semejanza! Y cuántas veces también la pobre madre volvió triste y llorosa á su morada, cuando el sol, que se hundía en el horizonte, le anunciaba que había que contar un día más de ausencia!

Pero llegó también un día en que cuando más desprevenida estaba la madre, apareció de improviso en el camino el perrillo que consigo había llevado Tobias, y el fiel animal estuvo bien pronto á los pies de su ama, acosándola con sus caricias y manifestando su alegría con sus ladridos, saltos y precipitado movimiento de la cola.

—¡Ya está aquí mi hijo! exclamó Ana, distinguiendo á Tobias y su compañero que avanzaban rápidamente, y ansiando que su esposo fuese sabedor de lo que pasaba, quiso volver á casa mientras que el perrillo, conociendo que había otro á quien alegrar, ya había tomado una buena delantera.

El anciano Tobias se estremeció al oír el ladrido del perro, y conociendo que llegaba su hijo, se levantó para salirle al encuentro, mientras que el perro le impedía el paso con sus halagos y lamia las manos que el pobre ciego estendía para apartarle de sí. Al fin, pudo no sin riesgo, salir fuera de la puerta de la casa, donde ya Tobias estaba en brazos de su madre, de los que se desprendió para pasar á los del buen anciano, derramando todos abundantes lágrimas y conociendo bien Tobias en los rostros de sus padres cuanto habían padecido durante su ausencia.

Dejando á su esposa en el camino, para que siguiese lentamente con toda la comitiva, habiase adelantado el jóven Tobias, de acuerdo con su compañero, y con el natural deseo de ver cuanto antes á sus queridos padres. Siguiendo en todo las instrucciones de Azarias, así que pasaron los primeros trasportes de gozo, adoró Tobias y dió gracias á Dios y despues refirió brevemente á sus padres los principales sucesos de su viage. Les participó su casamiento con la hija de Raguelo, la que en breve había de llegar con los camellos cargados de riquezas y los rebaños que constituían el dote; les manifestó como la cobranza de la deuda de Gabelo era debida también á la diligencia y afectuosa solicitud de Azarias, y por último, indicó á su padre que se preparase, porque entonces mismo iba á ensayar en él un remedio maravilloso que también le había sugerido su virtuoso compañero.

Bien desesperanzado estaba el anciano Tobias de recobrar la vista; pero reconociendo la mano de Dios en todos aquellos sucesos, se prestó á cuanto quiso su hijo. Hizole éste sentar y despues de haber elevado sus ojos y su pensamiento al cielo, sacó la hiel del

pescado que traía cuidadosamente guardada y empezó á frotar con ella los ojos de su padre, mientras que Ana lo contemplaba con la mayor ansiedad, con las manos juntas é invocando tambien á Dios en el fondo de su corazón,

Al cabo de un poco de tiempo una blanca y sùtil película comenzó á desprenderse de los ojos del anciano Tobias, que empezó á entrever confusamente la luz; pero así que la película acabó de caer, ya el buen Tobias no pudo contenerse y exclamó enagenado de alegría:

—Bendito seas, Dios de Israel, tú que me castigaste y ahora me sanas! Ya veo á mi hijo Tobias; ya puedo ver la claridad de los cielos.

Grande fué el contento de toda la familia, de los vecinos, de los amigos y de todos cuantos acudían á ser testigos de las prosperidades que el Señor derramaba en aquella casa. Este contento se acrecentó con la llegada de Sara y con el bienestar y la paz que á toda la familia prometía el solo aspecto de aquella jóven tan bella como modesta. Todos convenían á vista de una lección tan patente de la Providencia, en que la virtud tarde ó temprano lleva su recompensa, y en que si Dios permite que los justos sean tentados y sufran tribulaciones, es por que les falta esta prueba para su mayor gloria y para confirmar lo gratos que son á sus ojos.

En medio de estos dias de regocijo, un grave pensamiento aquejaba al anciano Tobias y á su hijo: no sabían de que manera manifestar su gratitud á aquel Azarias á quien tanto debían, ni hallaban recompensa, por grande que fuese, proporcionada á la magnitud y oportunidad de sus servicios. ¿Qué favores no le debían? El había guiado al jóven Tobias en un viaje peligroso y le había vuelto sano á casa de sus padres: él le había libertado del monstruoso pez que ansiaba devorarle: él había concertado su boda con Sara y había traído la felicidad y la alegría á la casa: él había cobrado la deuda de Gabelo, y tambien era él quien había indicado al jóven Tobias de que modo había de curar la ceguera de su padre: no había pues recompensa digna de

tales merecimientos, pero despues de haberlo meditado mucho, acordaron Tobias, padre é hijo, ofrecerle la mitad de cuanto poseían, no en calidad de recompensa, sino como un estimulo para que se quedase para siempre en su compañía.

Llevaron, pues, á Azarias hácia una pequeña colina desde la que se descubrían todas las tierras y ganados que poseían, y sacando partido de esta circunstancia, le hizo el anciano Tobias la susodicha oferta de agradecida amistad, concluyendo con estas palabras:

—Ya que veo feliz á mi hijo, que muera yo en paz dejándote adoptado en mi casa y en mi familia.

—El jóven Tobias unió tambien sus súplicas diciendo:

—Acepta, oh! bienhechor mio, acepta el titulo de hermano con la mitad de cuanto poseo.

Azarias respondió al fin, pero con un tono de voz que les pareció sonaba por la primera vez en sus oídos.

—Hombres justos, bendicid al Señor que ha usado de misericordia con vosotros; publicad sus maravillas delante de todos los vivientes. El Ser eterno que vela sobre vosotros me ha enviado á la tierra para que pudiese término á vuestros males y á los de Sara; porque vuestras oraciones, vuestras lágrimas y vuestras buenas obras, enterrando los muertos y privándoos del sustento por socorrer á los necesitados, han sido elevadas por mí á la presencia de Dios... No temais: cuando con vosotros andaba, por la voluntad de Dios andaba: ahora ya es tiempo de que vuelva á aquel que me envia. Yo soy el arcángel Rafael, uno de los siete que asisten ante el trono del Señor.

Tobias y su hijo habían caído de rodillas, y sobrecogidos y en actitud reverente contemplaban al mensajero en cuyo varonil y hermoso rostro brillaba una sonrisa divina. A medida que hablaba, un celestial reflejo iluminaba su semblante y su rozagante túnica, y cuando todas sus formas habían tomado casi apariencia de un arcángel, desapareció instantáneamente de su vista.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

X.

LIUVA, LEOVIGILDO, HERMENEGILDO.

Muerto Atanagildo, hubo en España un interregno de cinco meses, porque los electores no estuvieron muy unánimes respecto á la eleccion de un nuevo soberano. Sin embargo, la parcialidad de Narbona, en la Galia gótica, trabajó cuanto pudo para poner término á estas disidencias, y logró elevar al trono á Liuva; mas este principe poco aficionado, segun parece, al encumbramiento de una soberania dilatada, quiso compartir con su hermano Leovigildo el poder que le habian encomendado, y contentándose con regir la Galia gótica, entregó á su hermano el cetro y la corona de España. Falleció á los tres años de su eleccion, y Leovigildo entonces quedó esclusivo dueño de todo el reino.

Granada, Málaga, Medina Sidonia, Córdoba y otras varias ciudades que hasta entonces habian sido mandadas por los imperiales, pasaron al dominio de los godos, merced al valor y pericia de Leovigildo, que declarando la guerra á aquellas gentes, tuvo con ellas grandes y sostenidas contiendas de las que siempre salia victorioso. Sus triunfos no se limitaron solo á la espulsion de los romanos; varias de las provincias godas enarbolaron tambien el pendon de la rebeldia negando la obediencia á su legitimo rey, mas éste acudió á los trastornadores con igual constancia y actividad y consiguió reducirlos, no sin pérdida de mucha gente, tiempo y dinero. Pero estas turbulencias, fueron precursoras de otras que no solamente debian costarle, hombres, tiempo y di-

nero, sino que iban á traspasar su corazon de parte á parte.

Tenia Leovigildo dos hijos de su primera muger Teodosia, el mayor de nombre Hermenegildo, y el segundo llamado Recaredo. Pocos padres dieron muestras tan visibles de amar á sus hijos como Leovigildo, pues queriendo invalidar la añeja costumbre de que los soberanos se eligieran por los votos del pueblo, aseguró la sucesion de su corona compartiéndola con su primogénito y casándole al mismo tiempo con la princesa Ingunda, hija de la famosa Brunequilla y de Sigiberto. Llegó de Francia esta señora con grande y lujoso acompañamiento; celebráronse las bodas con pompa y solemnidad, y Gosvinda, la segunda muger de Leovigildo, dió á la recien casada la mas amable y afectuosa acogida, á cuyas manifestaciones correspondia la princesa, con no menores pruebas de afecto. Mas estos halagos de la suegra tendian nada menos que á reducir á Ingunda á la secta de Arrio, de quien era aquella acérrima partidaria, al paso que esta profesaba la religion católica. No obstante, la esposa de Hermenegildo, si bien es verdad que escuchaba y agradecia las lisongeras palabras de Gosvinda, no es menos cierto que ensordecia á sus consejos, si estos iban encaminados á apartarla de la fé católica que heredó de sus mayores. Viendo Gosvinda el poco fruto de sus discursos, cambió su dulzura en destemplanza, y lo que antes habian sido meros consejos se convirtieron en rudas y ásperas amonestaciones; pero Ingunda dotada de una no comun firmeza de carácter, y convencida por otro lado de la verdad de sus principios, despreció con noble altivez las amenazas de la sectaria consejera.

«La abuela, dice Mariana, como muger que era soberbia y cruel, y no menos fea en las costumbres que en el cuerpo, ca le faltaba el uno de los ojos, no pudo sufrir que aquella moza hiciese poco caso de sus amonestaciones.» Tenaz Gosvinda en su propósito pasó cierto día á la estancia de la jóven y encontrándola sola dijo estas palabras:

—Ingunda, es la última vez que me pongo en tu presencia, para suplicarte lo que debiera mandar. ¿No te re-suelves á abjurar la religion católica?

—No, respondió Ingunda con su acostumbrada firmeza; dad principio á vuestros vituperios, llenadme de baldones, ultrajadme si quereis; he nacido católica y católica seré hasta la hora de mi muerte.

Embravecióse Gosvinda con semejante respuesta; la rabia inundó sus rostro de una siniestra palidez y lanzándose como una fiera sobre la impasible jóven, asíola por los cabellos y la arrastró inhumanamente por el suelo; no satisfecha aun la dió recias patadas, la abofeteó sin piedad, y llamó á varios de sus servidores para que la arrojasen á un estanque, lo que verificaron con gran riesgo de la vida de la maltratada princesa. Esta, en vez de meditar una justa venganza por tan crueles tratamientos, llamó en su socorro á la paciencia y la tolerancia, cifrando su mayor cuidado en que su esposo Hermenegildo no llegase á entender nada relativo á sus muchos y continuos padecimientos; pero el escándalo, había sido muy ruidoso para que permaneciese oculto por más tiempo; supo Hermenegildo lo que su muger había sufrido y la habló de este modo:

—Esposa mia, sé lo que sufres, tu virtuosa resignacion, y me espanta sobremanera que me lo hayas ocultado. La infame conducta de mi madrastra debe necesariamente producir un rompimiento en la familia....

—Nada intentes contra tu madre Gosvinda, interrumpió Ingunda.

—Si tu esposo no te defiende ¿á quién será encomendada esta obli-

gacion? Mi madrastra ha querido hacerse arriana; pero los medios á que ha recurrido para verificarlo son tan crueles y violentos, que en vez de reducirte solo ha conseguido hacerme á mí católico.

—¡Cómo! exclamó Ingunda ¿Te re-suelves á ser católico?

—Si; quiero seguir las huellas de mi maltratada esposa.

—¡Dios bendiga tu lengua! dijo Ingunda lanzándose al cuello de Hermenegildo y estrechándole tiernamente contra su seno.

Hermenegildo tuvo en seguida una larga conferencia con su padre, y omitiendo manifestar el nuevo rumbo que muy pronto iban á tomar sus convicciones religiosas, se limitó únicamente á decir las desazones domésticas que ocurrían amenudó en palacio con mengua de la magestad. Las razones del hijo obraron fuertemente en el ánimo del padre y se convenció de que era preciso buscar un medio para que no se reprodujesen aquellas escandalosas escenas: en su consecuencia, se convinieron en que cada cual tuviese su corte por separado, fijándose la del padre en Toledo y la del primogénito en Sevilla, no menos esplendorosa esta última que la primera.

El grande ascendiente que había adquirido Ingunda sobre su esposo, y las frecuentes entrevistas que tuvo este con San Leandro, obispo de Sevilla, y su tío, fortalecieron sus instintos en abrazar la fé católica, la que al fin adoptó haciendo solemne abjuracion del arrianismo. Súpolo Gosvinda y acudió demudada y rabiosa ante su marido para hacerle sabedor de la que ella llamaba apostasia de su hijo. El anciano rey á pesar de las violentas instigaciones de su muger, aunque indignado por la conducta del jóven rey, no quiso en un principio apelar á los medios que inspira un exagerado resentimiento y procuró ver si por vías suaves y conciliatorias lograba apartar á su hijo de la religion que á la sazón profesaba. A este fin mandó una embajada á Sevilla con una carta en que le decía:

«Mas quisiera, Hermenegildo, que

oyeras de mi boca lo que pretendo decirte, que confiarte á estos signos que inventaron los hombres para que nos entendiésemos. Trajérate á la memoria los beneficios que debes á tu padre. Veo que me ha perdido la blandura con que desde la niñez te he tratado: creciste, y mi paternal cariño te hizo compañero de mi soberanía. Te hice rey, no para que me pagaras tan mal, sino para que esta mi vida cargada de años, hallase un benéfico auxiliar en vez de un enemigo. ¿Qué solicitas? Pide, Hermenegildo, pero no trueques en acerbo dolor mis risueñas esperanzas. Ya veo tu respuesta; vas á justificar tu proceder, escudándote con la religion que has abrazado, pero la conciencia, justa y elocuente en su mismo silencio, te dictará lo contrario y engendrará el remordimiento que ha de perseguirte hasta lo postrero de tu vida. No es bendita la religion que aparta al hijo de su padre, que eso es obrar contra natura y ser verdaderamente impio. Vuelve en tí, conoce tu error y encontrarás la clemencia de un padre ofendido; mas si huyes del sendero de la razon por el cual quiero llevarte, me obligarás á tomar las armas, y el universo entero, y las venideras generaciones descargarán sobre tí el odioso anatema de rebelde y parricida.»

La anterior misiva, no puede menos de probarnos que habia en Leovigildo dotes de padre cariñoso, y que era hombre de alma grande y levantada, si bien tampoco carecía de la ruda violencia de su tiempo, cualidad que es preciso tener muy presente para descargarle en cierto modo del vituperio á que indudablemente se hizo acreedor por sus posteriores determinaciones. Hermenegildo contestó á su padre en términos tan desabridos, que dejaba ver, no solo su firmeza en su nueva profesion de católico, sino su destemplanza y altanería, con lo que las cosas se agriaron y pasaron muy adelante; sin embargo, no podemos aun decir con certeza quien de los dos campeones declaró primero la guerra; en sentir de algunos historiadores fué el hijo

quien antes que su padre desenvainó la espada (1). Es fama que Hermenegildo se ligó con los suevos, los romanos y los griegos, á fin de destronar á su padre, pero éste acudió oportunamente, á evitar el daño: derrotó á los suevos euando venian de camino, y prodigó el dinero entre los principales capitanes de Roma á fin de que se mantuviesen neutrales; hizo varias concesiones á los católicos con objeto de atraerlos á su bando, llevó á cabo grandes levas de gentes, y habiendo juntado un ejército respetable marchó sin dilacion á poner cerco á Sevilla. Eran numerosos los parciales de Hermenegildo, y añadiéndose á esta circunstancia la decision que tenian en defenderse, duró el cerco mas de lo que Leovigildo creyera. Sin embargo, apretados los católicos por la falta de vituallas, se rindieron, pero Hermenegildo se escapó con trescientos soldados de los mas valientes y se atrincheró con ellos en un lugar inmediato llamado Osseto, hoy San Juan de Alfarrache. Leovigildo voló en su seguimiento, y á pesar de la resistencia que halló logró penetrar en el pueblo y mandó pasar á cuchillo á todos los defensores de su hijo, quien encontrándose de todo punto perdido se guareció en lo sagrado de una iglesia. Sabiéndolo Leovigildo se apeó y con espada en mano se dispuso á penetrar en el templo para castigar la rebeldia de su hijo; mas Recaredo, hermano del monarca vencido, que acompañaba á su padre en esta sazón, y á quien todos los historiadores conceden nobleza de corazon y prudencia, se puso delante de su padre y le dijo:

—¿Dónde vais, señor?... Templad vuestra ira; dejadme hablar.

—¿Qué pretendes? preguntó Leovigildo deteniéndose.

Evitar vuestro intento: veo hasta donde puede conducir os el furor que en este momento os arrebata, y no seria buen hijo ni buen hermano, si

(1) Ambrosio de Morales dice: Y la verdad es que este príncipe se levantó contra su padre por ser herege, haciéndose él caudex y capitán de los católicos.

no me opusiera á tan funesta determinacion.

—¿Y te atreves á implorar por el rebelde?

—Sí, padre mio; no sigais adelante, dejadme entrar en la iglesia primero; hablaré á mi hermano, y veré si mis palabras son eficaces para que Hermenegildo penetre por el sendero que deseais.

El anciano rey contempló admirado la generosa mediacion de su hijo, y envainando la espada retrocedió diciendo:

—Haz lo que quieras.

«Concertada la habla, y entrado que hubo en el templo, dice Mariana, por algun espacio de tiempo se detuvo sin poder decir palabra, como suele acontecer cuando el dolor, la ira y el miedo son muy grandes.»

—Hermano mio, dijo Recaredo tiernamente á Hermenegildo, no hay razon para esta guerra encarnizada, y es gran dolor ver á un hijo que se rebela contra su mismo padre. El cielo ha castigado tu sinrazon, para que conocieses la gravedad de tu crimen. Contempla mis amonestaciones, mas que como tales, como el fraternal consejo de quien te ama, y únicamente desea que vuelvas los ojos á la paz. Aun existe la misericordia paterna si de corazon te arrepientes.

Hermenegildo abrazó á su hermano y salió despues de la iglesia con intento de arrojarle á los pies de su padre, lo que verificó cuando hubo llegado á su presencia.

Leovigildo le estrechó afectuosamente contra su seno, le besó y derramó algunas lágrimas; manifestaciones que ciertamente no armonizan con la última y funesta determinacion de este padre que tan evidentes pruebas estaba dando de afecto y enternecimiento. Dispuso que se despojara de sus insignias reales y le mandó preso á Sevilla. Dicen que en una torre vivió mucho tiempo, atado á una cadena, teniendo por lecho un poco de paja y haciendo penitencia, pero hay tambien sobrados motivos para suponer, que aun cuando semejante rigor atormentaba el ánimo de Leovigildo, le consentia solo por ver si

el abatimiento le hacia menos obstinado y abjuraba la fé católica que profesaba. Sin embargo, si en esto hubiese terminado todo, la conducta del anciano rey, lejos de vituperarse, hubiera sido tal vez unánimemente aplaudida, y Hermenegildo no hubiese encontrado un apologista, ni la iglesia le canonizara considerándole como mártir de su religion.

Leovigildo envió al prisionero varias embajadas que tenian por objeto manifestarle, que si abjuraba seria desde luego perdonado; pero el cautivo, con una constancia que indudablemente le honra, contestó á cuantos emisarios vinieron que seria católico hasta morir; cuyas respuestas, si bien no disonaron al padre, que aplaudia la firmeza de carácter de su hijo, irritaron al rey, que tenia un interés político en que el cautivo fuese arriano. Ultimamente, despachóle segundo recado con su hermano Recaredo, quien acompañado de un obispo arriano entró en la prision y hablóle en estos términos:

—Hermenegildo, ya es tiempo que cedas y des una tregua al abatimiento que sufres, al enojo de tu padre, justamente ofendido, y á los pesares de tu hermano.

—¿Qué me quieres? preguntó Hermenegildo; ¿qué vienes á pedirme?

—Si recibes la comunion de manos del venerable obispo que me acompaña, volverás inmediatamente á la gracia de tu padre, y mandarás como soberano el reino de Sevilla.

—¿Qué me propones? exclamó Hermenegildo irritado; aparta de mi presencia á ese herege; rechazo su comunion, no la quiero.

—¡Hermano, hermano mio! exclamó Recaredo; repara lo que haces.

El obispo quiso tambien con palabras dulces reducir al enfurecido manco, quien no pudiendo ya tolerar la presencia de aquel ministro, exclamó:

—¡Aparta, hijo de Satanás! No quiero verte en mi presencia.

Fué de todo punto imposible lograr que el prisionero recibiese la comunion por mano de aquel obispo, el cual indignado con la dureza de Hermenegildo, fué con Recaredo á palacio

y refirieron á Leovígildo cuanto había pasado.

El anciano rey, de condicion inflamable y arrebatada, se puso pálido de soberbia y prorumpió en los mas grandes denuestos contra su hijo.

—¡Rebelde! gritaba; ¡Desleal!... ¡Ya no hay comiseracion para ti; dispon-te á morir! Y abriendo una puerta que correspondia á una habitacion inmediata, gritó:

—¡Sisberto, Sisberto! (1)

Presentóse un hombre de feo y horroroso aspecto, que inclinándose ante el irritado rey esperó sus órdenes.

—Coge el hacha, dijo Leovígildo; entra en la torre donde está preso mi hijo, y dale muerte.

—¡Padre, padre mio! exclamó Recaredo, lanzandose á su cuello; perdon para mi hermano; él se convencerá ...

—¡Imposible, Recaredo, en vano te opones; deja que se obedezcan los mandatos de tu padre!... ¿Qué te detienes? exclamó el anciano dirigiéndose á Sisberto.

Sisberto inclinó la cabeza y salió del aposento, dejando á Recaredo abatido, lloroso y consternado.

Cuando el verdugo entro en la lóbrega estancia del cautivo, halló á este postrado de rodillas, las manos cruzadas y sus ojos fijos en una cruz de madera. El penitente volvió la cara al sentir ruido de pasos y viendo á Sisberto con el hacha en la mano, adivi-



NO DIJO MAS, PORQUE EL VERDUGO, LEVANTANDO EL HACHA CON AMBAS MANOS, DESCARGÓ EL FUNESTO GOLPE Y DIVIDIÓ SU CABEZA EN DOS MITADES.

no al momento la horrorosa comision que traia.

(1) Este es el nombre que dá Mariana al verdugo de Hermenegildo.

—Sé á lo que vienes, dijo Hermenegildo poniéndose de pie.

Sisberto bajó la cabeza y no contestó; pero Hermenegildo encaminándose hácia el verdugo puso la mano sobre

su hombro y dijo tranquilamente :

—No temas; cumple con tu deber; me hallo dispuesto á recibir la muerte; acabo de hablar con mi Dios y sé que me espera en su paraíso para colocarme en la hermosa y envidiada mansión de los santos mártires.

—Horroroso es el deber que vuestro padre me impone, contestó el Sisberto, pero....

—Tienes que cumplirlo, interrumpió Hermenegildo. ¿Por qué vacilas entonces? No te detengas, dispuesto estoy á la ejecución..... Dame la muerte.

Hermenegildo se hincó de rodillas volviendo la espalda á Sisberto, cruzó sus manos, clavó los ojos sobre la cruz que tenia delante, y comenzó á decir con voz ferviente:

—¡Padre y señor todo poderoso, criador del mundo que habitamos: creo en la sagrada Trinidad!....

No dijo mas, porque el verdugo, levantando el hacha con ambas manos, descargó el funesto golpe y dividió su cabeza en dos mitades. El verdugo, despues que contempló su obra, y vió que habia ejecutado perfectamente su comision, salió del calabozo, y se encaminó al palacio: cuando el anciano rey le vió entrar, se puso á temblar, y no acertaba á preguntarle; al fin rompió el silencio, y dijo:

—¿Y Hermenegildo?

Sisberto levantó el hacha, y mostró al rey la cuchilla enrojecida.

—Vuestro mandato está cumplido.

Leovigildo, no podia tenerse de pie; pálido como la muerte recorría la estancia como un hombre embriagado;

en la fuerza de su delirio clavó sus grandes ojos sobre Sisberto, y exclamó:

—¡Verdugo!... ¡Asesino!... ¡Huye de mi presencia!

El verdugo comenzó á temblar, y respondió tartamudeando.

—Vos, señor... me lo habeis... mandado.

El monarca retrocedió, y mirando en derredor con ojos espantados, dijo entre dientes:

—Es verdad.... yo se lo mandé.... Pero... vete, vete, Sisberto; que yo no te vea; esconde esa cuchilla

Sisberto se ausentó, y Leovigildo cayó en tierra gritando:

—¡Hijo mio!... ¡Hijo de mi corazón!... Fui tu verdugo.... Yo me muero... me muero... Recaredo, Recaredo... ven á consolar á tu pobre padre.

A los gritos acudieron Recaredo, Gosvinda, y gran número de servidores, que levantando al rey le llevaron á su lecho, donde permaneció mucho tiempo delirando y llamando á su hijo.

No hay duda que Leovigildo manchó su memoria con un crimen tan repugnante, hijo de un momento de arrebató, que á la verdad, tampoco le disculpa. Ingunda, cuando supo la fatal ejecucion de su esposo, huyó á Africa con su hijo Teodorico, donde al poco tiempo perecieron víctimas del clima, la pesadumbre y los trabajos. Sisto V mandó poner el nombre de Hermenegildo en el calendario romano, cuya festividad se celebra en España el día 14 de abril.

L. A. BERMEJO.



COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DEL COLUMPIO.

Et Bache vocant per camina
laeta tibique oscilla ex alta
suspendunt mollia pinu (ó
quercu).

(VIRGILIO, *Georgicas* lib. 2.)

Entre los juegos infantiles que están en el día en mayor boga, debemos contar el del columpio, al que no hay ningún niño ni niña que no sea apasionado. «El columpio, dice el Diccionario de la lengua castellana, es una sogá ó cuerda fija por sus extremos donde se sienta alguna persona y mece por sí misma ó á impulso de otras; y que los hay de hechura mas cómoda, con dos asientos uno enfrente de otro sobre una base arqueada y pendiente de cuatro barras de yerro que se mueven al rededor de un eje colocado en un armaron de madera, á impulso de otra persona ó de las mismas que se columpian valiéndose de unas cuerdas.»

Todo juego que no tenga nombre propio griego ó romano casi es preciso tenerle por moderno, pero este de que vamos á tratar, trae su origen de la Grecia, en cuyo pueblo se denominó aísora, así como en latin *oscillum*.

Dice Justo Lipsio que la voz columpio citada en su libro de Recta pronunciatione, la encontró en una antigua inscripcion pero que no entendió lo que significaba, y Servio asegura, que los columpios en su tiempo se denominaron *oscilla*. Varias son las opiniones de los antiguos sobre su origen. Entre ellas hallamos que habiendo el dios Baco enseñado el uso é invencion del vino al ateniense Icario, padre de la bella Erigona, Icario profanó el don enseñándosele á unos villanos, los cuales, habiéndose embriagado, luego

que estuvieron en sí y recapitaron los disparates que habian hecho, creyeron que Icario les habia dado veneno y lo mataron. Hallábase con este su fiel perro, y como Erigona le viese venir á casa solo y sin su padre, creyó le habia sucedido alguna desgracia, y saliendo en su busca con el perro, este la condujo á donde estaba el cadáver de su amo. Fué tal el dolor de Erigona al ver asesinado á su padre que se aborció de un árbol, pero compadecidos los dioses al ver que el aire jugaba con aquel triste columpio, se lastimaron de tan buena hija y la convirtieron en estrella colocándola en la constelacion que hoy llamamos *Virgo*. Sigue Servio, en el lib. 2 de las *Georgicas* de Virgilio que hace mencion del columpio, segun lo espresan los versos del epigrafe de este artículo diciendo: que como los jóvenes atenienses fuesen imitando á Erigona en la desesperacion ahorcándose de los árboles, los sábios atenienses se vieron en la precision de consultar al oraculo para que les dijese, cómo habian de librarse de un mal que se iba propagando gradualmente y con el que se hacia tanto daño á la república. El oraculo respondió que cesaria el mal si buscaban los cuerpos de Icario y de su hija, pero que como no los hallaron para manifestar su obediencia, colgaron de los altos árboles unas sogas y se mecieron en ellas arrojándose repentinamente de arriba abajo, á fin de que los dioses conociesen que buscaban los cuerpos del padre y de la hija, no solo por la tierra, sino por el aire. Satisfechos con esto los dioses, aplacaron su ira é impidieron que se ahorcasen las doncellas en su desesperacion. De aquí dicen que proviene la costumbre de columpiarse, teniendo el columpio por cosa agradable á los dios

ses; pero añade Servio, que como las doncellas caian algunas veces de ellos moviendo á risa á los circunstantes, pusieron en su lugar unas figurillas para mecerlas, á las que denominaron *aiosoras* los griegos, y los romanos *Oscilla*, *ab eo, quod cillerentus his, id est, moverentur*. Adriano, Turuebo en el lib. 2.^o cap. 24 atestiguando con Hesichio, es de la misma opinión de Servio en cuanto al origen de los columpios; pero otros autores mas escrupulosos dijeron, que los columpios se crearon para espacion de los pecados, porque habiendo purgacion de ellos por agua y fuego, era justo que la hubiera tambien por aire, que son los tres purgatorios citados por Virgilio en el lib. 6 de la Eneida.

Higinio al hablar de los signos celestes *in Arctoflaxe* y en la tabla 130, cuenta muy minuciosamente la espresada fábula de Erigona, y lo propio hacen el interprete de Arato en la voz *Canis*, y Hesichio, Plutarco y Macrobio, asegurando Cornificio que esta fábula se creó en Italia por no haber parecido el rey Latino en la época de sus combates con Mecencio, rey de los cerites, por lo que se mandó á sus esclavos que en el término de seis dias lo buscasen por la tierra y por el cielo, y entonces inventaron los columpios, á imitacion de los atenienses.

Los filósofos moralistas son de opinión de que los columpios se inventaron para contemplar en su inestabilidad la de las cosas humanas, que tan pronto suben como bajan; pero dejando á los que así piensan, el trabajo de moralizarlo todo, diremos que del columpio tomó Petronio en el Satirico la metáfora en que dijo un viejo verde: *Sic inter Mercenariam amicam que positus Senes, velati oscillatione ludebat*, y Tertuliano hace tambien referencia á esta especie.

Ademas de los citados autores, escribieron de estas diversiones los siguientes: Adriano Turuebo, *Adversar.* lib. 7, cap. 26 y lib 2, cap. 26. Martin del Rio, en la tragedia de Hipólito y en las notas satiricas de Petronio, y Pedro Pantoja de Aleat, fol. 130.

En algunas medallas, y señalada-

mente en las de César, se vé una maquina llamada *petauro*, que fué conocida por los tracios y por los egipcios, la que no fué otra cosa que un columpio, segun lo que de esta máquina dice Gerónimo Mercurial en su *Ginnastica*, lib. 5, cap. 8 y Avicena en el lib. 4, cap. 13. Del petauro habló tambien Juvenal en la sátira 14 y Marcial en el lib. 2. Empero no debemos omitir que el petauro era una máquina que arrojaba á largas distancias á los que se ponian sobre ella, para que, como dice Claudiano, les liciese volar por el aire un corto trecho con poca esposicion, cosa que no sucede en los columpios primitivos y modernos de cuerda, en que agarrados los que se divierten no pueden caer con facilidad. Los petauros se asemejan á nuestros columpios de viga, que consisten en colocar un madero sobre una estrecha piedra elevada del suelo ó pilar hecho al efecto, y en la que á cada punta se monta uno que ascienden y descienden por su mismo peso, sucediendo que el que mas pesa ó da mas empuje en el instante del descenso arroja al contrario, si no se sabe tener bien asido á la punta del madero que sube. Este columpio es propio de los muchachos, asi como el otro de las muchachas, y no podia menos de ser asi, atendiendo á la diferente complexion y costumbres de unos y de otros; y ambos nos han gustado en la niñez y nos recuerdan en la vejez, nuestras juveniles distracciones, llevando á nuestros pequeñuelos, y quedando como gozosos espectadores en tan inocente diversion, si ya no les acompañamos en ella, lo que sucede las mas veces.

Siendo en el dia los juegos de movimiento unos de los adornos principales de nuestros jardines, como si de este modo quisiéramos recordar los juegos gimnásticos de los antiguos, tan saludables para el desarrollo de las fuerzas, cuanto para conservar la salud, en todos se vé hoy el columpio figurar como uno de los que mas contribuyen al solaz de nuestras bellas de todas las edades. Empero si bien en el campo y en las calles, las aldeanas en aquel, y las mu-

geres y niñas del pueblo en estas, han conservado los primitivos columpios, compuestos de una sola cuerda, y atada á dos árboles ó á dos rejas por sus extremos, ya sujeta en lo alto de una puerta ó viga, en los jardines se ha buscado mas la comodidad, colgando de tirantes de yerro en un palenque dispuesto al efecto, una especie de sillón de dos ó mas asientos en figura elíptica y forma de barca ú otra caprichosa y elegante, en la que con seguridad pueden bambolearse alegremente las niñas, y aun las personas de mayor edad, pues que á todos gusta mecerse un rato, máxime si al refrescar el aire el rostro, se deleita el oído con armoniosas tocatas ó alegres cantares. como sucede de muy antiguo en las alegres poblaciones de Andalucía, en donde las niñas y las mozas que se columpian, cantan y tocan con gracia y donaire el ligero y sonoro panderillo español.

La temporada de Carnaval es la del año en que mas se usa este bullicioso juego, particularmente en Madrid y

Sevilla, en donde, antes mas que ahora, nuestras niñas del pueblo alborotaban las calles alternando en sus juegos con el del columpio otros de la estacion, como el de mantear el muy conocido *Pelete*, residuo de las antiguas *Oscillas*, y acometer á los gallos con la espada. Y como lo que alegra y entretiene á los niños, es una buena especulacion, en todas las poblaciones grandes, y sobre todo en la coronada villa, se ven en los campos cercanos cómodos columpios en los que se divierten los pequeñuelos, alternando con el juego de la sortija. Los padres que pagan y los muchachos por lo que se divierten, no pueden olvidar en Madrid los juegos de la sortija y del columpio del *Tío vivo*, apodo del primero que especuló en Madrid con estos juegos infantiles que tanto producen, y el cual ha pasado á ser el nombre propio de todos los que ejercen hoy este nuevo género de industria y por el que se designa el sitio de la única diversion.

B. S. CASTELLANOS.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

JUANA DE ARC.

V.

En el campamento del rey en Chignon á orillas del Marne, y en el palacio real, están Dunois y La Hire.

—Eramos amigos, dice el primero; hemos desnudado la espada para defender una misma causa; hemos desafiado juntos á la desgracia y á la muerte.... ;Que el amor de una mujer no rompa el lazo que ha resistido á todos los ataques de la suerte!

—Escuchadme, principe, dijo La Hire.

Pero Dunois le interrumpió:

—Vos amais á esa jóven maravillosa, y sé lo que proyectais. Vais en busca del rey para pedirle la mano de Juana: el rey no puede negar á vuestro valor una recompensa tan bien merecida.... Pero pensad que antes que yo la vea en otros brazos....

—Escuchadme, principe, repitió Dunois.

—No es, prosiguió La Hire, el efecto repentino y efimero de su belleza el que me conduce hacia ella. Ninguna muger habia turbado mi corazon inalterable, hasta el momento en que vi á esa milagrosa criatura enviada por la Providencia de Dios para que fuese la libertadora de este reino y para que llegase á ser esposa mia. En este instante prometo bajo el mas sagrado ju-

ramento unirme á ella, porque el hombre fuerte debe tener por compañera una muger tambien fuerte, y mi corazón vehemente aspira á descansar en un corazón que pueda comprender el mio y sostenerle.

La Hire, despues de un momento de reflexion contestó:

—¿Como puedo yo, principe, comparar mis cortos servicios con los hechos heróicos que ilustran vuestro nombre? Si el conde Dunois entra en la liza, todo pretendiente debe retirarse; pero una humilde aldeana no es digna de figurar á vuestro lado como esposa. La sangre real que corre por vuestras venas, rechaza semejante alianza.

—Juana, exclamó Dunois con energia, es como yo, hija de la benéfica naturaleza; es igual á mi. Por otra parte, ¿cómo pudiera causar la vergüenza de un principe, cuando procede de los ángeles, cuando su cabeza está rodeada de una aureola celeste, mas brillante que todas las coronas de este mundo?

—En fin, dijo La Hire; el rey decidirá.

—No, contestó al instante Dunois; ella misma será la que decida, ella dará libremente su corazón á quien quiera.

Este animado y amoroso diálogo, fué de pronto interrumpido por la llegada de Carlos que se presentó acompañado de Inés Sorel y seguido de Duchatel y Chatillon; con este último habla el rey lo siguiente:

—Con que viene; me decis, que quiere conocérme por su rey y rendirme pleito—homenaje.

—Si, señor, respondió Chatillon; el duque mi señor, quiere echarse á vuestros pies en la real ciudad de Chalons, me ha mandado saludaros como á mi señor y mi rey; me sigue y pronto estará aqui.

—¿Pronto estará aqui? preguntó Inés regocijada; ¡Oh! dia feliz! tu nos traes la alegría, la paz, la reconciliacion.

—Mi señor, prosiguió Chatillon, vendrá acompañado de doscientos caballeros, y se prosternará á vuestros

pies, esperando que le abraceis como vuestro primo.

—Ardo en deseos de estrecharle contra mi corazón, dijo el monarca.

—Tambien desea el duque mi señor, continuó Chatillon, que en esta primera entrevista no se haga mencion de las antiguas discordias.

—Lo pasado interrumpió Carlos, será sepultado en el olvido; y solo pensaremos en los serenos dias del porvenir.

—Que todos los que han combatido por el duque, dijo Chatillon, sean admitidos en este pacto de reconciliacion.

—De ese modo duplicaré la estension de mi monarquía, respondió el rey.

—La reina Isabel, prosiguió Chatillon, será igualmente comprendida en el tratado, si ella quiere aceptarle.

—La reina, dijo Carlos, hace la guerra contra mí, y yo no la hago contra ella; nuestro combate tendrá término el dia que quiera.

—Doce caballeros responderán de vuestra palabra, añadió Chatillon.

—Mi palabra es sagrada, dijo el rey con gravedad.

—Y el arzobispo, dijo Chatillon, dividirá la hostia entre vos y mi señor, como prenda y signo de una reconciliacion sincera.

—Acepto, dijo Carlos; ¿qué otra prueba desea el duque?

Chatillon lanzó entonces una mirada significativa sobre Duchatel y dijo con cierto misterio:

—Advierto aqui una persona cuya presencia podria acaso turbar esta primer entrevista.

Duchatel, conociendo la indirecta se fué poco á poco alejando, y el rey le dijo:

—Retírate Duchatel hasta que el duque pueda soportar tu presencia.

Primero le siguió con la vista; luego corrió hácia él y le abrazó.

—Amigo leal; te dijo; no dudo que serias capaz de hacer mas todavia por el reposo de tu rey.

Duchatel, no respondió y se ausentó de aquel sitio.

—Las demas condiciones, dijo Cha-

villon, serán esplicadas en este acto.

—Todo lo aceptamos, repuso el rey; para ganar un amigo, no es mucho el sacrificio. Dunois, escoged cien

nobles caballeros y pasad á recibir afectuosamente al duque; que un repique de campanas anuncie la nueva union de la Francia y de la Borgoña,



FESTEJOS POPULARES POR LA LLEGADA DEL DUQUE DE BORGÑA.

y entréguese el pueblo á toda clase de festejos.

Diciendo estas palabras se oyeron trompetas, y un escudero se presentó.

—¿Qué oigo? preguntó Carlos. ¿Qué significa el ruido de estas trompetas?

— El duque de Borgoña, respondió el escudero, que verifica su entrada en la ciudad.

Dunois, La Hire y Chatillon salieron á recibirle; mientras tanto el rey dijo dirigiéndose á Inés:

—¿Lloras Inés? Yo tambien, creo que han de faltarme las fuerzas para soportar esta escena. ¡Oh! ¡cuántas victimas ha sacrificado la muerte antes que el duque y yo nos hayamos reconciliado! Pero en fin el furor de la tempestad se apacigua, y con el tiem-

po los frutos mas tardios llegan á su completa madurez.

El arzobispo que estaba asomado al balcon, exclamó de pronto:

—El duque se acerca, y á penas puede atravesar la multitud.

—Pobre pueblo, dijo Cárlos; tan vehemente y pronto en su amor como en su cólera. Que pronto ha olvidado que ese es el mismo duque que ha hecho morir á sus padres y á sus hijos... Tranquilizate, Inés, tranquilizate, no hagas tantos extremos de alegría.

A este tiempo entraron el duque de Borgoña, seguido de Dunois, La Hire, Chatillon, y otros dos caballeros pertenecientes á la comitiva del duque. Este se detuvo un instante á la entrada del salon; el rey entonces se adelantó hácia él; el duque se fué aproximando, y en el momento en que iba á poner la rodilla en tierra, el rey se apresuró á recibirle en sus brazos.

—Nos habeis sorprendido, dijo Cárlos; pensábamos haber salido á recibirlos, pero veo que teneis buenos caballos.

—Sin duda, respondió el duque, conocian mi deber.

Y acercándose á Inés, la estrechó tambien en sus brazos diciendo:

—Permitid, prima, que os abrace; este es un derecho de los señores de Arras, y ninguna hermosa dama puede negarse á él.

—Vuestra capital, dijo Cárlos, dicen que es la residencia de la galanteria y de mil y mil bellezas.

—Señor, contestó el duque; nuestro pueblo es puramente comercial. Cuanto hay precioso en otros climas aparece allí para hermosear nuestro mercado de Bruges; pero lo que existe mas precioso, es la belleza de las mugeres.

Distinguiendo al arzobispo le pidió la mano diciendo:

—Venerable señor, dadme vuestra bendicion; siempre os encontramos en el buen camino, y por esta razon el que quiera veros, no tiene mas que pisar la senda del bien.

—Lláname cuando quiera mi señor y siempre me encontrará dispues-

to á hacer en su beneficio lo que pueda.

El duque se dirigió á Inés con cierto aire de malicia y dijo:

—Me han dicho señora, que os habeis privado de vuestras pedrerias para fundir armas contra mi... ¿Cómo teneis ideas tan guerreras? ¿Queriais ciertamente mi destruccion?... El combate ha terminado; lo perdido debe volverse á eacontrar, y vuestras alhajas se han encontrado tambien: las habiais destinado para hacerme la guerra, recibidlas de mi mano en señal de amistad.

Diciendo estas palabras tomó de las manos de uno de sus acompañantes el cofrecito de las alhajas y le presentó abierto á Inés, que miró al rey con sorpresa.

—Aceptad el presente, dijo el rey; es una prenda de amor y reconciliacion que aprecio en doble manera.

El duque, mientras que colocaba un diamante en la cabeza de Inés, decia:

—¿Qué no fuese esta la corona real de Francia! Con el mismo placer la pondria sobre esta hermosa cabeza... Y contad conmigo si teneis necesidad de mis servicios.

Inés volvió el rostro sollozando; el rey se manifestó muy conmovido, y los circunstantes miraban á los dos principes con cierto enternecimiento; pero el duque, despues que hubo observado todas aquellas fisonomias, se lanzó en los brazos del rey, al mismo tiempo que los tres caballeros borgoñones abrazaban á Dunois, La Hire y al arzobispo.

—¿Cómo hé de poder aborreceros? decia el duque con emocion.

—Basta, basta, decia el rey; no añadais mas á esta escena.

—¿Cómo hé podido yo dar la corona á esos ingleses, jurar fidelidad á un extranjero, y precipitaros, oh! mi rey?..

—Olvidemos, dijo Cárlos; todo está perdonado; este instante solo lo borra todo, y cuanto ha sucedido es un efecto de la suerte y de los astros funestos.

—Repararé mis errores, añadió el duque apretando la mano del rey; creedme, pues lo deseo; os daré una satisfaccion por cuanto os he hecho su-

frir: vuestro reino volverá á vuestro poder enteramente, sin exceptuar un solo pueblo.

—Estamos unidos, dijo Carlos y no temo ya á ningún enemigo

—Creedme, señor, prosiguió el duque; no me encontraba dichoso cuando peleaba contra vos.

El arzobispo se interpuso entre ambos príncipes y pronunció estas solemnes palabras:

—Príncipes; sois amigos: un dichoso porvenir sonríe nuestra existencia; las profundas llagas del país van á curarse bien pronto. La nueva generación florecerá, pero la que ha precedido, fué ya víctima de horribros desastres; hé aquí el fruto de vuestras disensiones; sirvaos de lección.

—Señor, dijo el duque: sé que tenéis un ángel á vuestro lado; ¿dónde está? ¿Por qué no le veo?

—¿Dónde está Juana? preguntó el rey. ¿Cómo no se halla aquí en el solemne y dichoso instante que á ella debemos?

—Señor, contestó el arzobispo, esta poderosa jóven no le gusta el reposo de una corte ociosa; cuando la voz de Dios no la llama á presentarse á los ojos del mundo, huye las miradas del vulgo, y cuando no está ocupada en el bien estar de la Francia, es porque habla con Dios, pues su bendición la acompaña á todas partes.

No bien había el arzobispo acabado de pronunciar estas palabras, cuando se presentó Juana armada, pero sin casco, y en su lugar llevaba una corona de laurel.

—Venid, Juana, la dijo el rey cuando la vió; venid con los ornamentos de una verdadera sacerdotisa á consagrar la union, hija de vuestras hazañas.

El duque la estuvo mirando gran rato y en seguida exclamó:

—¿Qué terrible es esta virgen en el combate, y que dulce brillo esparce su semblante en la paz! Hé sostenido mi palabra, Juana? ¿Estás satisfecha de mi conducta?

—Vos mismo, repuso Juana, habeis trabajado por vuestra dicha. En este instante os rodea una aureola de ben-

dicion, al paso que antes pareciais un astro terrible que muestra en el cielo su luz sombría y sangrienta.

Y mirando en derredor suyo continuó.

—Muchos nobles caballeros veo aquí reunidos, y la alegría está retratada en sus ojos. Solamente uno creo que está afligido y que se ha visto precisado á ocultarse mientras los demás se regocijan.

—¿Y quién, preguntó el duque, se siente tan culpable para desesperar de nuestra clemencia?

—¿Puede acercarse? preguntó Juana, que vuestra obra sea completa. No existe la reconciliacion mientras quede un respo de odio.

—¡Ah!... ya os comprendo, dijo el duque de Borgoña.

—¿Le perdonais, no es verdad, duque?... Venid, Duchatel.

Juana abrió una puerta y salió Duchatel, que se quedó clavado á una respetuosa distancia.

—El duque, prosiguió Juana, se reconcilia con sus enemigos, y con vos tambien.

Duchatel se adelantó un poco mas y procuró leer en el semblante del duque el efecto que su presencia le hacia.

—¿Qué me obligais á hacer, Juana? preguntó el duque. ¿Sabeis lo que exigis de mí?

—Un caballero generoso, respondió Juana, abre la puerta á todos los huéspedes sin escluir á ninguno: semejante al firmamento que rodea al mundo, la clemencia debe envolver á un tiempo á amigos y enemigos.... Los rayos del sol se esparcen por todos lados; el rocío del cielo cae sobre todas las plantas.

—Dispone de mí á su antojo, dijo el duque, abrazadme, Duchatel; yo os perdono. Veneranda sombra de mi padre, no te indignes si estrecho amistosamente la mano que te dió la muerte; no me castigueis si deshago mi terrible juramento de venganza. En el abismo eterno, donde ya no laten los corazones, todo queda inmutable; pero en estos lugares alumbrados por la luz del sol suceden las cosas de otra manera.... El hombre es un débil ju-

guete de las imperiosas circunstancias.

—Juana! exclamó Carlos entusiasmado, ¿cuánto debe ser mi reconocimiento hacia ti! ¿Cómo has cumplido tu promesa! Mi destino ha cambiado de repente, me has reconciliado con mis amigos, has derrotado á mis enemigos, has arrancado á mis ciudades del yugo extranjero.... Sola tú has ejecutado todo esto. ¿Como podré recompensarte?

— Señor, dijo Juana; sed humano en la prosperidad, como lo habeis sido en la desgracia, no olvidéis en vuestra grandeza lo que vale un amigo en el infortunio. Ya reunireis toda la Francia bajo vuestro cetro, y llegareis á ser el abuelo y el tronco de una raza de príncipes mas grandes que los que os han precedido. Esta raza durará tanto, cuanto conserve el amor hacia su pueblo, y solamente el orgullo puede ocasionar su ruina.

—Jóven profética, interrumpió el duque, puesto que tus miradas penetran en las profundidades del porvenir, háblame tambien de mi raza, y dime si debe estender su poder del modo que ha comenzado.

—Duque de Borgoña, respondió Juana con dignidad; has elevado tu silla al nivel del trono, y tu corazón orgulloso aspira á subir mas alto: desearias elevar hasta las nubes el edificio audaz de tu poder; pero una mano invisible detendrá bien pronto tus progresos. Sin embargo, no temas la caída de tu casa, porque reaparecerá brillante en la persona de una muger; y de su seno saldrán monarcas que ocuparán dos grandes tronos y dictarán leyes al mundo conocido, y á otro mundo nuevo que la mano de Dios tiene oculto todavía mas allá de los mares que recorren nuestros navios.

—No ceses de hablar, dijo el rey, puesto que un espíritu divino te ilumina. Dinos si esta amistosa alianza que renovamos unirá ademas á nuestros descendientes.

Juana quedó un momento suspensa y meditabunda, y luego rompió el silencio con las siguientes palabras:

—Reyes y soberanos, temed la discordia; regocijaos con el presente y

TOMO III.

dejad que os oculte los funestos arcanos del porvenir.

—Santa muger, interrumpió Inés; tú conoces mi corazón; sabes si él aspira en vano á la grandeza; dame tambien un vaticinio consolador.

—El espíritu divino, no me muestra mas que las cosas grandes de este mundo: tu destino está en tu propio corazón.

—Quiero ocuparme de tu suerte; dijo el rey: quiero que la Francia pronuncie tu nombre con veneracion, y que se ocupen de ti las mas remotas generaciones: voy á cumplir uno de mis mas sagrados deberes.... ¡Arrodíllate, Juana!

Esta se arrodilló y el rey desnudó la espada y tocó á Juana con ella.

—Levántate, prosiguió; ya eres noble, yo, tu rey, te saco del polvo de un nacimiento oscuro y ennoblezco á tus descendientes; llevarás la flor de lis en tus armas, y serás igual á los primeros caballeros de Francia; la sangre de los Valois será solo mas noble que la tuya; el mas grande de entre los grandes de mi corte se honrará recibiendo tu mano, y procuraré darte un noble esposo.

—Mi corazón la eligió antes de su elevacion, exclamó Dunois adelantándose; el nuevo honor que ha recibido no aumentá su mérito ni su amor.... Por eso en presencia de mi rey y de este santo prelado, la ofrezco mi mano, siempre que ella me juzgue digno de ser su esposo.

—Juana, dijo el rey, acabas de añadir un milagro á los muchos que has hecho, y ahora creo que nada existe imposible para ti; acabas de vencer un orgulloso corazón, que hasta ahora habia despreciado el poder del amor.

—El mas bello ornamento de Juana, dijo La Hire adelantándose, es la modestia de su corazón; es digna de los hombres mas elevados; pero no aspira á la vana grandeza. Juana se contentará con la adhesion de una alma leal, y la suerte apacible que la ofrezco con mi mano.

—¿Tú tambien, La Hire? preguntó Carlos admirado: dos admirables rivales en virtudes heróicas.

—Veo á Juana sorprendida, observó Inés; un modesto rubor colora sus mejillas. Dadle tiempo de que pregunte á su corazón. Ha llegado el momento en que debo acercarme á ella como hermana, y ofrecerle una secreta confidenta. Que nos dejen primeramente reflexionar.

—Sea, dijo el rey dispuesto á alejarse.

—No, señor, dijo Juana deteniéndole, el rubor que cubre mis mejillas no proviene de un tímido pudor, sino de mi incertidumbre. Nada tengo que confiar á esta noble muger, que pueda causarme vergüenza si lo digo delante de vosotros. La eleccion de estos caballeros me honra, pero yo no he dejado mi vida de pastora para acudir á la vana grandeza del mundo. Soy llamada á otro destino, destino que solo una virgen casta puede cumplir. Soy la guerrera de Dios. Todopoderoso, y no puedo ser la esposa de ningun hombre.

—La muger, interrumpió el arzobispo, ha nacido para ser la compañera del hombre, y cuando obedece á la naturaleza no se hace menos digna del cielo.

—Venerable señor, repuso Juana, no puedo decir lo que el espíritu divino me mandará hacer; cuando este momento llegue, quedaré muda y obedeceré. La frente de mi soberano se

halla aun sin corona; mi dueño no se llama rey todavía.

—Emprendamos el camino de Reims, dijo Carlos.

—No quedemos ociosos, repuso Juana, nuestros enemigos nos cercan y se esfuerzan en cerrarnos el camino, pero yo os guiaré á la victoria.

El rey tomó la mano de Juana y exclamó:

—La voz del cielo te anima; marchemos para que la victoria nos traiga la paz.

—Mandad que suene la trompa guerrera, dijo Juana, este descanso inquieta mi corazón; es preciso que yo salga de esta ociosidad, que termine mi obra y que obedezca á mi imperioso destino.

Pero al decir Juana estas palabras entró un caballero precipitado y el rey le preguntó lleno de sobresalto.

—¿Qué sucede?

—El enemigo ha atravesado el Marne, dijo el caballero y dispone su ejército para empeñar el combate.

—¡A la batalla! gritó Juana con entusiasmo; armaos, caballeros en tanto que yo arreglo la disposicion de las tropas.

Y desnudando la espada se alejó. El rey y los demás caballeros la siguieron, entusiasmados con el valor de Juana, y con el ruido de las trompetas y los tambores que tocaban á las armas. (Se concluirá.)

HOMBRES CELEBRES.

PRIMEROS AÑOS

DE SALVADOR ROSA.

Llaman los italianos *Casaccia* (carrón desmantelado), á la parte, menos ruinosa de los palacios y castillos feudales de la edad media, que han resistido á las injurias del tiempo y sirve

de albergue á los artesanos pobres y familias poco acomodadas. Aun existia en 1621 uno de estos edificios que por su agradable aspecto llamaba la atencion del viajero: situado en la cumbre de la colina de Renella, dominaba las risueñas campiñas y bosques en cuanto alcanzaba la vista, en las gastadas columnas que sostenian el pórtico que daba entrada á la habitacion, se entrelazaban la frondosa vid y la aromá-

tica madre selva, formando sus flexibles ramas un toldo natural que impedía la entrada á los rayos del sol. En este agradable sitio se hallaban reunidas en una hermosa tarde de agosto de 1620 la muger é hijas del señor Antonio Rosa, agrimensor no muy favorecido de la suerte; pero ni el magnífico panorama que desde allí se descubría ni la suave brisa que refrescaba la atmósfera, ni la labor en que se ocupaban eran bastantes á distraerlas de sus cabilaciones; algun sofocado suspiro era lo único que interrumpía de vez en cuando su triste silencio. Grave sería la causa de su aflicción cuando Pernetta, la jovencita mas alegre, mas jovial y mas linda de todas las napolitanas, no alegraba con sus festivos chistes y canciones del país á sus queridas madre y hermana como de costumbre: sus grandes y hermosos ojos negros podían apenas contener una lágrima que deslizándose por sus frescas y nacaradas mejillas iba á perderse en su blanco y naciente seno.

—Doña Julia, ¿ha venido Salvatorello? preguntó el señor Antonio luego que entró en la estancia.

—No, amigo mío! contestó ésta con apagada voz suspendiendo la labor.

—¿No? por vida de Baec! exclamó el padre arrimando á sus lados los instrumentos de su profesion ¡con que nó! esta es la primera vez que está este perillan tanto tiempo fuera de casa: diciendo esto fué á sentarse en un banco de piedra junto á la entrada, cruzó los brazos, puso una pierna sobre la otra y comenzó á silbar la barquerola; señales todas del mal humor y despecho del señor Rosa, y del recibimiento que le esperaba al niño cuando volviese.

—Con que en resumidas cuentas, prosiguió despues de un rato de silencio, no ha parecido desde ayer mañana! ¿no es así doña Julia?... doña Julia, ¿gusta vd. hacerme el favor de responder? Estela... Pernetta... por vida de...! ¿os habeis convertido en estátuas? todo el día estais cantando, riendo, charlando, mas que veinte viejas comadres, y ahora que pido yo que me contesteis..... Caramba! si cojo

un garrote vereis que pronto os hago hablar....

—¡Virgen de Loreto! que alboroto para nadal exclamó la señora Julia: te he dicho cien veces que nuestro hijo no se ha visto desde ayer.

—¡Muchacho rebelde! hijo desobediente, gritó encolerizado el padre; me alegrára que hubiese caído por un barranco.....

—¡Jesus mil veces! entonces sería para nosotros la desgracia, exclamó la madre dejando la rueca, persiguiéndose devotamente y cogiendo el rosario que pendía de su cuello.

—A fé mia dices bien, pero veamos, ¿dónde puede estar este travieso niño?

—Quien sabe contestaron á un tiempo las tres, volviendo la cabeza hácia la estensa campiña que tenían delante: sus inquietas miradas vagaban desde la agreste montaña de San Telmo coronada con la imponente fortaleza de su nombre, hasta las risueñas alturas de San Martin: la estension del país que recorrian sus ojos, era inmensa al par que magnífica: el sol próximo á su ocaso doraba con sus últimos rayos el Pantilipo, las costas de Puzzolo, Bayas y las pequeñas islas de Nizitria y Caprea, yendo á ocultarse en el mediterráneo en cuyas tersas y cristalinas aguas se reflejaba como en un espejo el azulado cielo de Italia.

Empero ningun ser viviente descubrian sus ávidas miradas: todos guardaban silencio: la señora Julia continuaba rezando. Estela y Pernetta su labor, y el señor Rosa las contemplaba tarareando por lo bajo su caucion favorita; mas no pudiendo sufrir por mas tiempo esta inaccion, se aproximó á su muger y sentándose á su lado dijo:

—Seguramente sale de tus dedos el hilo mas fino y delicado, ninguna como tú sabe preparar los macarrones ó escabechar un trozo de atun, en fin eres el modelo de una buena ama de casa, pero amiguita, descuidas demasiado á nuestro hijo que has dejado salir ayer por la mañana, y á estas horas aun no sabes donde está, ni que es de él! ¿Te acuerdas del día en que nació? yo estaba sentado á la cabecera de la cama, el mamoncillo dormía sobre tu pe-

cho.... ¿y que te decía yo entonces? lo tengo muy presente! Julia, tenemos un hijo, ¿a que lo dedicaremos cuando sea grande? ¿qué haremos de él?

—Lo que Dios quiera, te contesté.

—Sea así, con tal que no le ocurra ser pintor.

—Yo entonces como inspirada añadí: haremos que siga la carrera de la iglesia....

—Y en seguida, Julia, nos pusimos á discutir el nombre que habia de ponérsele.

—Que convinimos fuese el de Salvador, ¿no es así, Antonio? tal vez estará en este momento repasando las matemáticas que has mandado que estudie.

—No lo creas: mejor estará corriendo y triscando por esos campos como un holgazan desocupado; su mayor placer es saltar de roca en roca.... el otro día lo encontró tu comadre Loreto recorriendo las rumbas del templo de Apolo; Pedro el pescador lo vió otra vez que salía de la cueva de las Sibilas; en fin, está en todas partes menos en su casa....

—Quizá estara ahora en la de su tío, observó Estela interrumpiendo la labor.

—Yo os digo que no, señorita! contestó el padre: precisamente cuando volvía de Nápoles he pasado por la calle de Seggio del Nido, le he preguntado á Pablo, y me ha respondido que ni estaba ni habia visto al muchacho, y en efecto ¿qué tenia que hacer en su grande casa?

—Ya sabes la afiecion que tiene nuestro hijo á la pintura....

—Y tambien la poca utilidad que dá á los que la ejercen; buena prueba tienes en tu hermano Paulo Greca, que perece de miseria entre sus pinceles, paletas y lienzos.

—Tal vez estará la culpa en mi hermano....

—O mas bien en la profesion, doña Julia; es una madrastra, una ingrata....

—Para los que no tienen genio ni talento, has de añadir, amigo mio.

—Mamá, mamá, gritó Pernetta arrojando la labor, mire vd., y señalaba

con el dedo hácia el fondo del valle: todos se pusieron en pie dirigiendo sus ávidas miradas á aquel lado. Por entre los tortuosos desfiladeros que conducen al magestuoso convento de Borgo Renella, fundado en el siglo XIV por Carlos, hijo de Roberto de Aragon, rey de Nápoles, y los seculares pinos que crecen entre sus quebradas, percibieron á un religioso que traía á un niño por la mano, eran el padre Cercatore y Salvatorelo.

—¡Picaro, villano! gritó el padre encolerizado, luego que estuvo en su presencia.

—Tome vd. asiento, reverendo padre, y descansará vd., dijo Julia acercando una silla al religioso. En tanto las jóvenes rodeaban á su hermanito, que confuso, avergonzado, y fija la vista en el suelo no proferia una palabra.

—Aqui tiene vd. á su hijo, señora Julia, dijo el padre Cercatore: uno de nuestros hermanos que venia de la quèsta lo ha encontrado dormido cerca de la Solfatara: merece se le castigue por la pesadumbre y cuidados que habrá causado á vds. su escapatoria: no puedo detenerme, es tarde y debo volver al convento inmediatamente: Dios os guarde, señora Julia: de vd. no me despidió señor Rosa; Salvatorelo hasta mañana, ¿lo oyes? hasta mañana, y cuidado con que faltes á la hora de la doctrina: bellas señoritas felices tardes.

—Ahora que hemos quedado solos vamos á ajustar cuentas, caballero, dijo el señor Rosa, yendo hácia su hijo con marcadas señales de enojo. ¡Perdon, perdon! clamaron á un tiempo Estela y Pernetta, poniéndose delante y estendiendo sus brazos suplicantes, no es culpa suya, se ha perdido, el mismo acaba de confesarlo, padrecito, querido padre, perdonadlo! os damos palabra que no lo hará mas.

—¡Qué lágrimas, qué bulla, señoritas, ¿y todo por qué? por querer dar una pequeña leccion á su hermanito mimado.... por el dia de hoy.... ¡he de hacer que se acuerde de su falta! he sufrido mucho, su madre lo mismo, y vds. amiguitas intercesoras, y en es-

pecial Pernetta. ¿no te he visto llorar esta tarde?

—Has llorado; pobre hermanita mía! exclamó sollozando Salvatorello, echándole los brazos al cuello ah! perdonadme el disgusto que te he dado

—¿Y cree el sensible señorito que hemos padecido menos su madre y yo?

—A todos suplico me perdonen, contestó el niño poniéndose de rodillas plegando sus manecitas, no creí haber tardado tanto, pero si viera vd., mi querido papa, el bello país que se presentaba a mi visita.... Cuanto mas me alejaba, mas encantador aparecía; aquí una costa, mas allá un valle, á este lado un arroyuelo, al otro un espeso bosque.... admirando tantas bellezas me he extraviado, el sueño me ha sorprendido, y no he despertado hasta esta mañana sin saber en donde estaba

—Pero al menos habrás estudiado la lección, preguntó el padre mas sosegado.

—No señor, contestó éste bajando los ojos ruborizado.

—Pues por este descuido será usted castigado, añadió la señora Julia: estará vd. encerrado en el desvan ayunando á pan y agua hasta el domingo, allí tendrá vd. tiempo para estudiar: Estela llévalo y traeme la llave de la puerta.

—Estela, dijo Salvatorello quedito, antes de quedar encerrado traeme unos carbones, te lo suplico!

—¿Siempre con tu manía? mas carbon gastas tu borroneando las paredes, que mamá en guisar la comida.

—¿Chito hermana y haz lo que te digo!

Llegó el domingo, la madre acompañada de sus hijas fueron á poner en libertad al querido preso: júzguese de su sorpresa y aun enojo cuando vió al niño que dormía sosegadamente sobre un jergón y todas las paredes embadurnadas con carbon y blanco hasta donde pudieron alcanzar sus infantiles bracitos: á primera vista solo aparecía un confuso borron, pero examinado detenidamente se distinguía muy bien en primer término el Vesubio vomitando llamas y torrentes de lava entre torbellinos de humo; el mar á sus pies, y en lontananza la bella

Nápoles iluminada con el resplandor del incendio: en otra parte habia bosquejado las pintorescas colinas de San Martín, apareciendo por entre los espesos castaños el gótico monasterio: no habia olvidado su fogosa imaginación á la graciosa ciudad de Bayas con sus costas, sus bosques y sus montañas: formaba el todo un magnífico panorama de vistas encantadoras y sorprendentes.

—Madre purísima, exclamó la señora Julia luego que hubo visto aquella improvisada tapicería, ¡que modo de estudiar la lección! está visto, continuó meneando la cabeza, que por mas que hagamos no podremos impedir que sea pintor.

—Que bella cosa es ser pintor, dijo Estela al oído de su hermana.

—Ciertamente, y mucho mas si tiene la buena presencia y habilidad de Francanzani.....

Estela ruborizada puso la mano en la boca de su hermana para que callase.

—Salvatorello, dijo la señora Julia cogiendo del brazo á su hijo: levántate que es ya tarde.

Luego que oyó el niño la grata voz de su madre, se puso en pie restregándose los ojos con ambos puños.

—¿Se le ha pasado á vd. el enfado, querida mamá?

—Si, hijo mio, contestó esta enternecida dándole un beso en la frente, deseaba concluyese el tiempo de la penitencia que te habrá parecido bien largo.

—¿Largo! aseguro á vd. que en mi vida lo he pasado tan agradablemente.

—Acaso, repuso la señora Julia con aire de reconvenccion, habrán olvidado tus hermanas la llave.

—Aun cuando hubiese quedado abierta la puerta de par en par, no hubiera pensado en salir; ¡podía fastidiarme, teniendo carbon y pared en que pintar?

—¿Luego todo esto lo has hecho con carbon?

—¿Tenia acaso ni un miserable lápiz con que representar cuanto habia visto? no soy tan afortunado como m^o tio Greca que tiene colores, pinceles y lienzos.

—Le son de tan poca utilidad que no debes envidiárselos.

—Es porque tal vez no se sirve de ellos con acierto: vi su último cuadro, aquellos pesados árboles casi todos azules, aquellas aguas sin transparencia... ninguna góndola hubiera podido surcar por ellas! ya verá vd. como las pinto yo.

—Desecha semejante idea, ya sabes que tu padre quiere que seas agrimensor, y debes obedecerle y darle gusto: se queja de ti porque eres poco aplicado y un holgazan...

—Poco aplicado, es cierto; me fastidia el estudio del griego, latin é historia, pero holgazan eso no: me complazco en recorrer el pais, ver nuevas perspectivas... ¡es tan grato trasladar en la pared lo que se ha visto!...

—Sin embargo debes de darle gusto, ahora marcha á cumplir lo que te mandó el P. Cercatores; sobre la mesa tienes el catecismo, y no te detengas porque es ya la hora.

Dócil y obediente salió Salvatorello de la estancia: junto al catecismo estaba casualmente el botecillo en que guardaba el carbon, y sin advertirlo y por distraccion, tomó este, sin echar de ver su equivocacion hasta que estuvo dentro de la iglesia.

Estaba desierta todavia: los religiosos estaban en sus celdas y los fieles en el átrio aguardaban sonase la campana para entrar: hallábase el niño enteramente solo; en medio de este profundo silencio que hacen mas solemne las elevadas bóvedas, las oscuras naves y lo sagrado del sitio, Salvatorello se siente inspirado, se agolpan á su acalorada imaginacion los pasages de la historia sagrada que leia diariamente, cree ver á Abraham pronto á sacrificar á su hijo Isáac, á Agar sediento en medio del desierto, á Jacob bendiciendo á su familia... maquinalmente abre el botecillo, el carbon está en su mano, y sin reflexionar en donde está ni el piadoso objeto que lo ha conducido, principia á bosquejar en los intercolumnios y en todas las partes que no están decoradas con el ultramar y el oro: de los contornos pasa al sombreado, su genio se exalta, na-

da ve, en nada repara. Entre tanto el templo se va poblando, pero ni el ruido de las pisadas de los que entran, ni el de las sillas al tropezar unas con otras, ni el confuso murmullo de los concurrentes que se saludan le distraen, no ve mas que su principiada obra y el modo de dar mas expresion á sus personajes. Pero de pronto se abren las puertas de la sacristia; y salen procesionalmente el prior con toda la comunidad: al ver á un muchacho horroneando con sacrilegamente aquellas sagradas paredes, que se hubiera gloriado decorar con sus pinceles los Españoletos y Caracis, quedan escandalizados, se miran unos á otros, se comprenden y antes que el malhadado artista los haya percibido se haya sujeto entre los brazos de dos robustos legos, despojado del vestido y zurrado desapiadadamente: en vano implora piedad, en vano son sus infantiles lamentos: los padres no atienden mas que á su cólera y á la profanacion de la casa del Señor. Satisfecha su venganza lo llevan á la casa paterna, mas lleno de ira y de vergüenza que maltratado por el cruel castigo que habia sufrido: desde entonces le fué prohibido volver al convento, la comunidad fué inexorable.

Esta negaliva trastornaba todos los planes que habia concebido el señor Rosa respecto á su hijo, pero como buen padre solicitó y obtuvo la gracia de que lo admitiesen en un seminario de Nápoles, bajo la proteccion de los reverendos padres de la congregacion de Soruesca.

En una placentera mañana de setiembre descendian lentamente por la colina de Renella el señor Victor Antonio Rosa y su hijo Salvatorello que se encaminaban á Napoles, cabizbajo, triste y oprimido al parecer de un grave pesar volvía el jovencito la cabeza dirigiendo tristes miradas hácia la casa en que habia nacido: al través de los seculares pinos creia distinguir los blancos pañuelos que agitaban su madre y hermanas dándole el postrer adios. La distancia que separa á Renella de Nápoles no es larga: despues de dos horas de marcha entraron nuestros

viageros en la ciudad atravesaron sus interminables calles, y no tardaron á estar en frente de la magestuosa portada del seminario. A su aspecto se comprimió el tierno corazon del jovenito, y con amargo llanto dijo á su padre: ¿es una prision?

—Otros habitan aquí y nó le dan este nombre, contestó con dulzura el señor Antonio.

—Cuando menos, querido papá, espero no me dejará vd. para siempre, ¿es verdad? añadió cogiendo y besándole la mano que bañaba con sus lágrimas.

—Dios lo dispone así, hijo amado, yo no soy rico; es la única carrera que puedo darte.

—Haré en todo la voluntad de vd.; pero ¡ah! tenía yo aquí otras ideas.... añadió poniendo el dedo en su despedida frente.

—Olvida tus dorados ensueños, la miseria es el patrimonio de los artistas; buen ejemplo tienes en tu tio.... escúchame con atención, Salvatorello, prosiguió hablándole con la mayor ternura, sé laborioso, dócil y sumiso dentro de estos claustros y vistiendo el hábito monacal, disfrutarás paz, tranquilidad, serás feliz. Diciendo esto tiró de la campana, un hermano lego abrió la puerta y el señor Antonio, viendo que su hijo permanecía inmóvil y pensativo, le tocó en el hombro y le dijo: ¿en qué estás pensando?

—En la inmensa pérdida que he tenido cuando veníamos aquí.

—¿Es la moneda de plata que te ha dado tu madre á la despedida?

—Mucho mayor, pero es inútil os la diga, solo mis hermanas pueden repararla. ¿qué atolondrado soy, Dios mio!

—¿Quiere pasar adelante el señor Rosa? preguntó el portero.

—Es escusado, ayer hablé con el padre Prior y quedamos acordados, además tengo un negocio urgente que evacuar: vamos Salvatorello ánimo, dame un abrazo, y sigue al hermano.

—Echeme vd. su bendicion querido papá, dijo el niño anegado en llanto, y echándole los brazos al cuello.

Hizolo así, y besándole dos y tres veces en la frente se alejó del convento

vivamente conmovido de tan triste escena. Salvatorello sintió despedazarse el corazon cuando vió cerrarse tras si la puerta de lo que el llamaba su prision. Siguiendo al lego que lo guiaba á la celda del Prior decia entre si: si no hubiese olvidado mi botecito ¡que hermosas paredes hay en este convento!

Aquella tarde el lego vino á decirle fuese al locutorio pues preguntaban por él; corrió inmediatamente, ¡agradable sorpresa! eran Estela y Pernetta.

—¿Qué piensas que te traemos? dijo esta sonriéndose.

—¿Mi botecito con carbon?

—Lo has acertado contestó risueña, alargándosele por entre los hierros de la reja.

—Oh queriditas mias, sois el modelo de las buenas hermanas exclamó regocijado, y besando alternativamente lo que el llamaba su tesoro, y la mano que se lo presentaba: me prometo desde ahora no fastidiarme en esta soledad: si supierais la estension de las paredes de estos interminables claustros y corredores!

—Ten sin embargo presente como te fué en el convento de Borggo Renella.

—Bah! á mal suceder el castigo será mas llevadero: estos religiosos no tienen tanta aversion á las bellas artes como aquellos, fuera de que tendré buen cuidado de no llegar al recinto de la iglesia.

—¿Pero crees tu que te permitirán borrar fuera de él? sobre todo cuida de que no te echen de la comunidad por querer embellecer el convento con tus pinturas.

—Es lo mas feliz que podria acontecerme, amada Estela.

—¿Y que sería entonces de ti, pobre hermanito mio?

—No vas á casarte muy pronto con César Francanzani?

—Asi lo espero.

—Pues bien; entonces rogaré á tu marido para que me admita en el número de sus discipulos.

—Siempre estará abierta mi casa para ti, querido Salvatorello.

—Pronto, pues, Estela, cástate luego que yo haré de manera que me echen

de aquí; tengo presentimientos de un alhagüño porvenir....

—Y yo estoy cierta de que mañana no estarán tan blancas como ahora las paredes de la casa.

—Lo mismo creo yo: á Dios querida Estela: cástate pronto.

La campana que llamaba á visperas obligó á separarse ó estos amables jóvenes: ¿que mas hay que decir? Salvadorello sedió tan buena maña que pintorroteó todas las paredes del convento,

sin respetar ni aun las de la iglesia, talera su irresistible pasión. No bastando amonestaciones ni amenazas, cansados por último los padres le echaron de la comunidad.

Estela fué fiel á su palabra: se habia casado con Francanzani: este lo recibió con los brazos abiertos, y bajo su dirección dió principio á sus estudios que perfeccionaron despues Falconi y Rivera.

Salvador Rosa fué uno de los mas



SALVADOR ROSA.

eminentes profesores de la época: su genio fecundo para la invencion, la facilidad en el manejo de los colores y tintas le adquirieron una bien merecida celebridad. Fué amigo de las musas y escribió algunas poesias, la mayor parte del género satirico; sus grabados al agua fuerte son estimados por los inteligentes por la corrección del dibujo, facilidad en la ejecucion y ligoreza y manejo de la punta.

En nuestro museo de pinturas, existen algunas de sus obras, en especial el cuadro que representa la vista del puerto de Salerno; la variedad de barcos que cubren las aguas que parece

se mueven, las pintorescas montañas pobladas de ciudades y caserios, las tintas de las nubes, y los grupos de nadadores que se ven en primer término, toda esta bella composición revela el genio del artista y las correrías de su infancia. Nació en 1613 y murió en el de 73 á los 58 años de edad. Pasan de 190 los cuadros que pintó, siendo algunos del mayor mérito. Su padre el señor Victor Antonio Rosa, tuvo motivo para reconciliarse con el arte, y conoció que proporciona honores y riquezas á los profesores si á la inclinacion y genio acompañan el estudio y aplicacion.

JAVIER DE ASEDA.

APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

Adios los dulces azucarillos, los caramelos, la rica compota de membrillo, los anises y las mil funestas golosinas que tanto me prodigaban en casa de mis padres; héteme aquí respirando un aire libre, tomando sol, participando del frío, de la lluvia, sin precauciones de ningún género; y héteme creciendo, engordando, con toda plenitud y libertad.

El general, queriendo que mi madre apreciase mejor la diferencia que debía resultar de los dos sistemas de educación, exigió que no me viese hasta pasado un mes; este período debió parecerle un siglo, pero obedeció. ¡Cuán grande fué su alegría cuando me halló enteramente cambiado y fortificado! ¡Cuánta su sorpresa cuando madama Victorina en su gerga español-francesa le refirió mi educación con todos sus pormenores: presentéme á sus ojos con las mejillas coloradas, y respirando salud! mi madre confesó que se había equivocado, y mi tío, con grande regocijo, *ganó la batalla* segun su expresión favorita.

Se había obtenido muy buen éxito para que se pensase en separarme del lado de mi tío, y se convino en que viviría con él hasta que cumpliera los ocho años; mi madre hubiera deseado pasar á la quinta todas las semanas; este esfuerzo debió costar mucho á su corazón, pero de cuántos sacrificios no es capaz una madre, cuando se trata de su hijo!

Quedé, pues, bajo la tutela de mi tío, y llegué así á la edad de seis años; fui atrevido, fuerte y vigoroso; me encaramaba por los árboles como un gato; comía todo cuanto me presentaba madama Victorina.

Todo esto hubiese sido muy bueno si la parte moral se hubiera atendido como la física, pero no era así. Bajo la inspección de una aya francesa ya hacia dos años, yo no sabia diez palabras francesas, y si alguna pronunciaba, era para burlarme de Madama Victorina. Todas las mañanas me despertaba diciendo: *Allons mon petit, il est tres tard*; y yo le respondía en español: «Quiero dormir, tengo sueño.» Si ella persistía diciendo: *il a bien reposé; allons, allons*, yo le replicaba. No me fastidies; pero la buena de la criatura se reía diciendo... «¡Oh! *il est droit.*» Al fin me levantaba, me llevaba delante de mi tío, y despues de una grande reverencia decia: *Bon jours monsieur; avez vous bien reposé? Je vous presente l' enfant bien portant par la grace de Dieu.*

Quando el general estaba de buen humor la replicaba.

—Señora, está vd. en el deber de decirme eso en español.

Entonces madama Victorina, enseñaba sus anchos caninos sonriendo y contestaba con docilidad:

—Mi signor, yo habia dado á vos la bona mañana, é habia preguntato á vos como él era este dia aqui.... Despues, yo habia añadida: mua presenta á vos el niño que está en bona salud por la gracia de Dio.

Y mi tío añadía parodiando este acento:

—Madama; estoy reconocido; mi salud es buena á Dios gracias.

Despues se reía á carcajadas con su franqueza militar, y yo reía mas que él, y mi paciente aya hacia lo mismo que nosotros. ¿Qué sucedia de esto? Que en la primera ocasion que se me presentaba imitaba á mi tío y remedaba á Victorina: *Oh yo no soy contento de vos, mua.... Ye quiro*

mua al yarden malgré la prohibicion de vos.» Y la escelente criatura me seguia al jardin á pesar de la lluvia y el frio sin enfadarse por eso, y por no disgustár á mi tio. La conducta del general no era en este particular la mejor: es necesario que las personas mayores acostumbren á los niños á que respeten á los que son superiores. Madama Victorina no tenia casi ningun imperio sobre mí; me mofaba de sus preceptos, porque el general le habia dicho que me diera gusto en todo.

A los seis años, no conocia yo ni la primera letra del alfabeto. Mi tio que me parece habia leído á Juan Jacobo Rousseau, en su juventud, queria seguir sus doctrinas y darme una educacion enteramente filosófica. Mi tio seguia en esto un sistema erróneo, pues no habia comprendido bien el sentido del filósofo de Ginebra.

Nadie se oponia á mis caprichos; yo no tenia necesidad de ocultarme para cumplirlos; no era, pues, disimulado, no tenia miedo de que me riñeran ni de que me castigáran y no fui cobarde; como nada tenia que ocultar nunca fui mentiroso. ¿Era franco, animoso y sincero? ciertamente no, pues estas virtudes no merecen este nombre mientras que la práctica no ofrezca algun peligro, y yo no tenia ninguno que correr. El primer vicio de mi educacion, era el de no ejercitar mi alma a las virtudes negativas; llegué á ser egoista, exigente, imperioso y travieso. Pero vamos á la tercera parte de mis confesiones.

CAPITULO III.

Mientras no pasé de los cinco años, la quinta y la compañía de Perenden-gue me bastaron, pero á la vez que iba creciendo, sentia el deseo de la sociedad de los niños de mi edad y la busqué: la quinta estaba de tal modo lejana del centro que no me era posible encontrar en ella niños de mi condicion; por otra parte, esto me importaba poco y me acomodé gustosamente al trato de los hijos de los campesinos, porque entre ellos y yo la diferencia no era

muy grande. Mi tio Justiniano, con sus ideas de igualdad no hallaba inconveniente alguno en que yo frecuentase el trato de los hijos de los campesinos ó jornaleros. «Yo he crecido entre esta gente, decia amenudo, y sin embargo, he sido general y senador del reino.»

A los seis años, el jardin de la quinta me pareció recinto muy estrecho, y llevé á mi aya á la aldea inmediata, y tan pronto queria refrescar en casa de un labrador con una buena taza de leche pura, como desayunarme en casa de otro con una buena tortilla de huevos fritos.

Madama Victoria tenia orden de mi tio de pagar generosamente cuanto gasto hiciese yo, y escusado es decir á vds. lo bien que me acogieran en todas partes; ademas mi tio era querido y respetado en todo aquel pais; no dejaba yo tambien de tener mi pequeña parte en la buena acogida que me daban, pues estas buenas gentes me encontraban original y gracioso porque charlaba como suele decirse, por los eodos.

Las casas que mas frecuenté fueron la del tio Farnesio, labrador bien acomodado de aquellas cercanias, y un poco mas distante, la de la familia Duronquer: el tio Duronquer, no era mas que un pobre jornalero, pero era un buen hombre, de costumbres irreprehensibles y de una piedad estremosa. El tio Farnesio, tenia un hijo que se llamaba Pedro, de edad de siete años, y que representaba nueve, porque era muy robusto y vigoroso. A pesar de su brutalidad, (pues Perico era muy bruto) yo le queria mucho, porque era buen camarada, y estaba siempre dispuesto á jugar, y á reir; era precisamente lo que yo necesitaba; ademas, muy mal educado, como todos los niños de su clase, llamaba á las cosas con epítetos raros y extravagantes, y juraba por cualquier motivo con una admirable facilidad; los mas estraños juramentos (y tenia una preciosa coleccion á su servicio) destilaban de sus labios como miel. Su padre se reia de corazon oyéndole, y decia con orgullo que su hijo seria uno de aquellos que no se dejan pisar de nadie. Nunca com-

prendi esta frase, pero presumo que significa en el pensamiento de los que la emplean, un hombre que no consiente que le falten. Lo cierto es que Perico, era el mas pendenciero, el mas batallador de los niños del pueblo; todos sus camaradas, y hasta los de mas edad, le temian y admiraban. Yo no le temia, porque sabia muy bien que el nombre de mi tio me protegeria, y que



TERESA DURONQUER.

Perico no se atreveria á maltratar al sobrino de un general, senador del reino, etc. etc; pero tanto mas admiraba la fuerza y atrevimiento de Perico, cuanto menos capaz era de imitarle.

El labrador es naturalmente, y desde su mas tierna edad, enemigo mortal de las distinciones sociales; tiene

un sentimiento íntimo de su utilidad, y comprende que sin la agricultura no hay prosperidad posible en ningun estado; el labrador tiene razon, y los reyes mas poderosos están obligados á honrar la agricultura, por que es la madre del género humano. Por eso era preciso ver del modo que me tra-

taban cuando yo queria hacer valer mi superioridad. «Vaya, decian con aire despreciativo, ¿si creerá que somos criados suyos porque es un señorito? sino está contento con nosotros, que se vaya á Madrid á buscar á sus semejantes.»

Y hablando asi aumentaban mi orgullo, pues á pesar suyo, confesaban la superioridad de mi condicion, manifestando que no eran *mis semejantes*. En cuanto á mí, me curaba poco de esta diferencia con tal que me admitiesen en sus juegos, y los encontraba perfectamente *mis semejantes*.

Llevé á Perico á la quinta para que jugara conmigo: en varias ocasiones le encontré mi tio en el jardin, y dándole una palmadita en la megilla le decia: «Adios muchacho; almorzarás con Idefonso siempre que vengas: vamos, juega con él, pero no le pegues, pues eres mas robusto que él, y eso será una cobardia de tu parte; si lo haces añadia abriendo los ojos, te corto las orejas. ¿Lo entiendes?» Y al

mismo tiempo se acariciaba su blanco bigote; Perico temblaba de miedo, y poco tiempo despues sus camaradas eran sabedores de este paso. «Escuchad, chicos, les decia, el general ha jurado cortarme las orejas si casco á su sobrino.—¿Y lo crees? le contestaba otro; eso dicen á los muchachos para meterles miedo, pero no les cortan las orejas...—Oh! pero el general no pone buena cara cuando se enfada, y he oido decir, que en otro tiempo mató á un hombre nada mas que porque le miraba de reojo.

—¡Calla, calla, miedoso, collon!

—¿Yo collon?

—Sí, eres un collon.

—Pues bien; ya que eres tan valiente, dijo Pedro, ¿qué apostamos á que no cascas al sobrino del general?

—¿A que sí?

—¿A que no?

—Ya lo verás.... Caramba ¡Jesus, Dios mio! ¡ya estoy deseando verle...!

(Se continuará).

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

EL ESCLAVO.

(CONTINUACION).

§. III.

El liberto que habia comprado á Arvins, era el mayordomo de uno de los jóvenes patricios mas ricos de Roma. Claudio Corvino, hacia pocos años que habia heredado cien millones de sestercios, (83.803.332 rs.), cuya mayor parte estaba ya disipada; de suerte que se citaba su casa como una de las mas suntuosas del monte Celio: los pavimentos de sus estrados eran de mármol de Caristo, las columnas de bron-

ce, las estatuas de marfil y los baños de porfido; tambien se veian alli tantos aposentos para celebrar banquetes, o *triclinium*, como estaciones, y los lechos eran de citro incrustado en plata, los cogines de plumas de cisnes y las cubiertas de cama, de seda de Babilonia. Las paredes estaban vestidas de riquísimas telas, y manteles de púrpura bordados de oro, cubrian las mesas de los festines.

Cuando el liberto llegó con el niño á este espléndido palacio, llamó á una puerta de bronce, el *ostiarius* (portero) salió de un aposento donde estaba encadenado al lado de un *moloso* (1), y

(1) Especie de perro que empleaban los antiguos en la caza y custodia de los ganados.

abrió apresuradamente: el conductor de Arvins mandó llamar al *cartaginés*.

Este era el intérprete encargado de entender respecto á los trescientos esclavos de Corvino. Ejercitado en el comercio antes de su cautiverio, habia recorrido los mares en las naves de su nacion, y hablaba la mayor parte de las lenguas de los pueblos marítimos.

El liberto le entregó al jóven celta, para que le pusiese un traje conveniente y le diera las instrucciones necesarias.

El *cartaginés* condujo al niño á la habitacion donde estaban los demas esclavos.

—¿Te ha instruido alguien acerca de tus primeras obligaciones? le preguntó.

—Yo no he recibido lecciones mas que de hombres libres, contestó secamente Arvins.

El intérprete se sonrió.

—Bien revelas tu origen, repuso irónicamente el *cartaginés*; tus compatriotas no temen mas que la caída del cielo. Sin embargo, aqui te obligo á temer tambien los latigazos. Primeramente, es preciso que sepas, que en tu condicion de esclavo, ya has dejado de ser *persona*, y solo eres considerado como *cosa*; tu dueño puede hacer de tí lo que se le antoje; puede atarte á una cadena, aunque no hayas dado motivo para ello; puede azotarte para distraerse, y hasta mandar que te coman las morenas de su vivero.

—Que haga uso de su derecho, dijo Arvins.

—Corvino no es malo, prosiguió el *cartaginés*; es uno de los individuos mas distinguidos de Roma, y tiene por principal ocupacion arruinarse. Regularmente no se levanta hasta la diez (á las cuatro de la tarde) para entregarse en manos de sus sirvientes que le perfuman y lavan sus mejillas con la espuma de nitro rojo, y frotan su barba con *psilotrum* (1) para despojarle del pelo de la cara; ciento cincuenta esclavos

se emplean aqui en el cuidado de su sola persona, y lo mas particular es, que cada uno egerce diferentes funciones.

—¿Cuales son las mias? preguntó Arvins.

—Tú serás empleado en conducir carros, respondió el intérprete. Sigúeme, que quiero enseñarte tu departamento.

Condujo al jóven celta á las remesas y le enseñó los diferentes carruages que alli se encontraban.

—He aqui en primer lugar, le dijo, los *petorita*, carricoches de cuatro ruedas, imitando á los de los germanos, que sirven para el transporte de las provisiones ó de los esclavos; mas allá están los *covini*, carruages cubiertos, en los que el amo entra cuando quiere. Estos otros carruages ligeros adornados de marfil y de plata cincelada, que ves á nuestra derecha, se llaman *rheda*; Corvino se sirve de ellos generalmente para salir de paseo. A nuestra izquierda están las literas guarnecidas con tapices de Persia y cortinas de púrpura.

Arvins estaba maravillado al contemplar tanta magnificencia. El intérprete le llevó en seguida á las cuadras, cuyo pavimento era de lava, y las balastradas para poner el alimento de los caballos, de mármol de Luna.

—Las cincuenta mulas que ves enfiladas aqui, dijo el intérprete, están destinadas al enganche de los carros de Corvino; pero los sesenta caballos que ves al otro lado, sirven á los esclavos numidas que preceden al carruaje del amo cuando éste sale. Ahora que conoces los sitios, voy á presentarte al jefe de las cuadras, para que te dé sus disposiciones.

Arvins pasó con el intérprete á donde estaba el esclavo encargado de los carruages; este participó al *cartaginés* los deberes del niño, y su conductor le trasmitió estas esplicaciones. Cuando hubo acabado, añadió:

—Una cosa me resta aun recomendarte, y es guardar siempre silencio delante del señor, luego que hayas aprendido la lengua latina. Es tan or-

(1) Especie de unguento para arrancar ospelos.

gulloso con sus esclavos, que jamás les dirige la palabra: cuando manda alguna cosa, lo verifica por signos ó escribiendo lo que quiere en un pergamino. Ahora puedes ir á buscar tu *diarium* ó racion diaria; en seguida te pondrás á trabajar.

Todo cuanto Arvins acababa de ver y oír era tan nuevo para él, que su dolor, sino disminuyó, al menos quedó suspenso; pero experimentó un sentimiento bien distinto, cuando vió salir en medio de sus clientes, y de unos cuantos músicos tocando flautas, á Claudio Corvino, vestido con la toga de púrpura, los cabellos perfumados con cinamomo, y los dedos llenos de anillos, incrustados en piedras preciosas; nunca habia tenido la mas remota idea de semejante opulencia. Era tal en aquella época la vida de los ricos patricios de Roma, que sus casas, mas que residencias privadas, parecian córtes afeminadas, de los mas poderosos reyes del Asia; allí no se oian mas que las voces de los cantores; cubrian el suelo las coronas de rosas que dejaban los convidados, cuando se celebraba algun festin. Todas las mañanas llenaba el vestíbulo una multitud de clientes que acudian para recibir la *sportule* ó distribucion diaria de cien *quadrans* (1) por la cual el patron aseguraba su voz en las elecciones las magistraturas. El mismo se presentaba muchas veces á estos famélicos aduladores, pasando en medio de ellos con paso negligente y la cabeza inclinada hácia el esclavo *nomenclator* (2) quien le repetia al oido el nombre de cada uno.

Lo restante del dia le consagraba á los paseos á pie debajo de los pórticos del Foro, ó bien en el carro recorria la via Apia. Despues venia á comer muy tarde, á cuya comida, que duraba hasta el dia siguiente, concurrían todos los parásitos.

(1) Equivalente á unos treinta y seis cuartos de nuestra moneda.

(2) Epíteto que daban los romanos á los esclavos que se ocupaban en señalar á los pretendientes, las personas que debían saludar para atraerse su favor.

La mesa de Claudio Corvino, era citada por su esplendidez y por la delicadeza de los manjares que presentaba. Formaba parte Corvino de aquel senado de gastrónomos, que habian propuesto premios públicos á los inventores de platos raros ó desconocidos; y su cocinero, que compró por el enorme precio de doscientos mil sesteracios (ciento sesenta y tres mil seiscientos sesenta y cuatro reales), era el mismo á quien el ilustre gastrónomo Apicio regaló una corona de plata, considerándole como el hombre mas útil de la república. Por esta razon el *triclinium* de Corvino, estaba siempre favorecido con convidados que pertenecian á las familias mas nobles ó á los mas altos magistrados de Roma.

La sorpresa que Arvins debió experimentar á vista de un género de vida tan nuevo para él, se convirtió bien pronto en desprecio. Acostumbrado á la vida frugal de su nacion y á desdeñar todo aquello que no contribuia á robustecer al hombre, separó los ojos con soberbio disgusto á esta profusion inútil y sin objeto, y se puso á pensar tristemente en la Armórica.

Siempre tenia presente la imagen de su madre, único amor que le quedaba, el último interés de su existencia, y creyó que á fuerza de indagaciones descubriria en Roma el dueño que la habia comprado.

Pero para verificar esto, era preciso ante todas cosas, que le entendieran, y se puso á estudiar el latin con todo el ardor que puede suministrar una pasion única y profunda. Desgraciadamente, su lengua, acostumbrada al rudo acento céltico, se resistia á las melodiosas inflexiones del idioma latino: su memoria solo retenia con una especie de pereza enojosa, las palabras de este pueblo enemigo, y hasta se hubiera dicho que todos sus instintos patrióticos se revelaban contra la lengua del vencedor pero la voluntad de su corazon, mas paciente y mas fuerte, concluyó por domar esta repugnancia y con efecto, al cabo de algunos meses, pudo comprender cuanto le decian y responder á lo que le preguntaban.

Entonces dió principio á sus indaga-

ciones, pero conoció al instante que le faltaban el tiempo y la libertad para el logro de su deseo. Su tiempo pertenecía al señor, y era milagro cuando podía disponer solamente de una hora; de suerte que pasaron muchos dias sin que pudiese averiguar la suerte de Norva.

El pobre niño, triste y desalentado, cavilaba respecto á los medios que emplearía para que sus indagaciones fuesen fructuosas; pero un espectáculo, del cual fué testigo, cambió enteramente sus prematuras resoluciones.

§ IV.

Un dia que Arvins se hallaba sentado en el umbral de las remesas, con las manos puestas en la cara, y los codos apoyados contra sus rodillas, oyó grandes gritos de alegría. Un germano, cuya diligencia y sobriedad habia notado en muchas ocasiones, salia á la sazón de la habitacion de los esclavos con la cabeza rapada, y rodeado de sus compañeros que le felicitaban; todos se dirigieron hácia la habitacion principal.

—¿Qué significa esto? preguntó Arvins admirado.

—El germano, que va á ser declarado liberto, respondió el intérprete.

—¿Comol exclamó el jóven celta; ¿puede un esclavo recobrar su libertad?

—Cuando la paga.

—¿Y cómo adquirir bastante dinero para eso?

Imitando á ese bárbaro, que por espacio de tres años no ha hecho mas que una comida al dia, con el objeto de vender la mitad de su *diarium*. Ha conseguido, poniendo dinero sobre dinero, juntar un peculio de seis mil sestercios con los cuales ha comprado su libertad.

En tanto que el intérprete daba estas esplicaciones al jóven celta, el germano habia entrado en el *trichinium*, donde se encontraba Corvino con el pretor. Los otros esclavos se detuvieron en el umbral, y Arvins se mezcló

entre ellos para presenciar esta escena.

El germano se acercó primeramente á su dueño, quien poniéndole la mano sobre la cabeza le dijo:

—Yo quiero que este hombre sea libre, y goce de los derechos de todo ciudadano romano.

Entonces un licitor, situado detrás del pretor, tocó tres veces al esclavo con sus fasces (1); Corvino le cogió luego por el brazo, y le hizo dar una vuelta aplicándole en seguida un ligero bofetón.

—Vete, le dijo riéndose, y acuérdate que cuando yo esté arruinado, deberás darné una pensión alimenticia como mi liberto que eres.

El germano se retiró, y los esclavos, para despedirse de él, le llevaron á beber á una taberna inmediata.

Lo que Arvins acababa de presenciar, contribuyó á dar distinto giro á sus ideas, y concibió una nueva esperanza. Hasta entonces solo habia pensado en buscar á su madre, y consolarse con ella de los dolores de la esclavitud; pero luego se llenó de alegría, viendo probable el logro de la libertad de su madre y la suya.

Con esta resolución firme y pronta que caracterizaba á todos los de su raza, el jóven celta se decidió al instante á recobrar su libertad, al mismo tiempo que continuaba haciendo sus averiguaciones para hallar á su madre. No ignoraba tampoco lo difícil que sería lograr su objeto; pero desde sus primeros años habia aprendido á tener paciencia, sabia que era necesario esperar mucho para que una bellota llegase andando el tiempo á ser encina.

Comenzó por separar de su alimento todo lo que no era absolutamente necesario; se encargó mediante algunos sestercios, de una parte del trabajo de los otros esclavos, empleados como él en los carruages, y pasaba las noches enteras fabricando armas al uso de su pais, que despues vendia.

(1) Insignia del cónsul romano, que se componia de una segur en un hacedillo de varas.

Relativamente á las indagaciones para encontrar á Norva, no pudo continuarlas mucho tiempo, pues habiendo llegado la estación de los calores, partió su dueño á la villa que poseía cerca de Roma.

El viage se hizo en litera y en cortas jornadas. Claudio Corvino que temía con razon, el mal servicio de las posadas del tránsito, mandó levantar en distintos sitios del camino, muchas *diversivoiata*, ó lugares de descanso. Al fin llegaron á la villa, digna en todos conceptos del palacio que ocupaba en el monte Celio.

Arvins que habia dejado á Roma con sentimiento de esta manera. Todas las noches pasaba revista á los dineros, los cuadrans, los ases y los sestercios reunidos con trabajo; los contaba, los chocaba los unos contra los otros; el ruido que hacia este dinero le regocijaba como á un avaro, pues pensaba escuchar romperse los anillos de la cadena que tenia en cautiverio á su madre y á él.

Las costumbres laboriosas de Arvins no le dejaban tiempo para entregarse á las disipaciones de sus camaradas de cautiverio, y aun cuando vivia con ellos, nunca participaba de sus desordenes.

Uno solo de los esclavos se habia aproximado á él y parecia interesarse en sus esfuerzos. Este era un armenio de rostro placentero, y de quien los otros esclavos se burlaban por su resignacion. Nafel estaba encargado de la copia de los manuscritos, con los que Corvino enriquecia su biblioteca. Su instruccion era profunda y variada; pero al ver su modestia se le hubiera tenido por el mas simple de los hombres. Hubiera podido citar sin pararse los mas hermosos pasages de los filósofos, de los oradores y de los poetas de

la Grecia, pero preferia sobre todo, los escritos de algunos judios desconocidos, que habia copiado para su uso y se le veia leer incesantemente.

La paciencia de Arvins y su activa persistencia le conmovieron, y hacia todo lo posible por ganarse la confianza del jóven armoricano: éste rechazó en un principio las solicitudes del anciano, pero Nafel no desmayó en su intento, y Arvins concluyó por admitirle en su afectuosa amistad.

Confesóle sus esperanzas, y el armenio sonrió tristemente.

—¿Pensas que no podré rescatar la libertad de mi madre y la mia? preguntó el niño con sobresalto.

—Lo creo; pero ¿qué piensas hacer con esa libertad? No esperes volver á la Armórica; tu antiguo dueño no lo consentirá; es preciso que vivas bajo su patrocinio, que le sostengas si cae en la pobreza. La ley le hace tu heredero, al menos de la mitad de lo que poseas, y si halla un motivo de queja contra tí, puede desterrarte á veinte millas de Roma, sobre las costas de la Campania. He aquí la libertad de los libertos, que nunca pueden quitarse la cadena de un todo.

—No importa, dijo Arvins, al menos estaré cerca de mi madre; hablaremos juntos de nuestros infortunios, de nuestros bosques, y esperaré mejores dias afilando mis armas.

—Es decir, ¿que te propones vivir con la venganza por única esperanza?

—Los dioses de la Armórica me protegerán: nuestros druidas lo han dicho, vendrá un dia en que puedan los huérfanos regar con sangre enemiga las tumbas de sus padres. Conozco el sitio donde reposa el mio, Nafel; yo le daré en hólocausto sangre mas encarnada que la púrpura con que se visten nuestros vencedores.

La mano del jóven celta se estendió como si realmente tuviese ya la espada; Nafel iba á contestar; pero se detuvo de repente.

—No es tiempo todavía, murmuró.

Y embozándose en su manto de lana, se alejó con las manos juntas y la cabeza inclinada hácia el suelo.

(Se continuará).